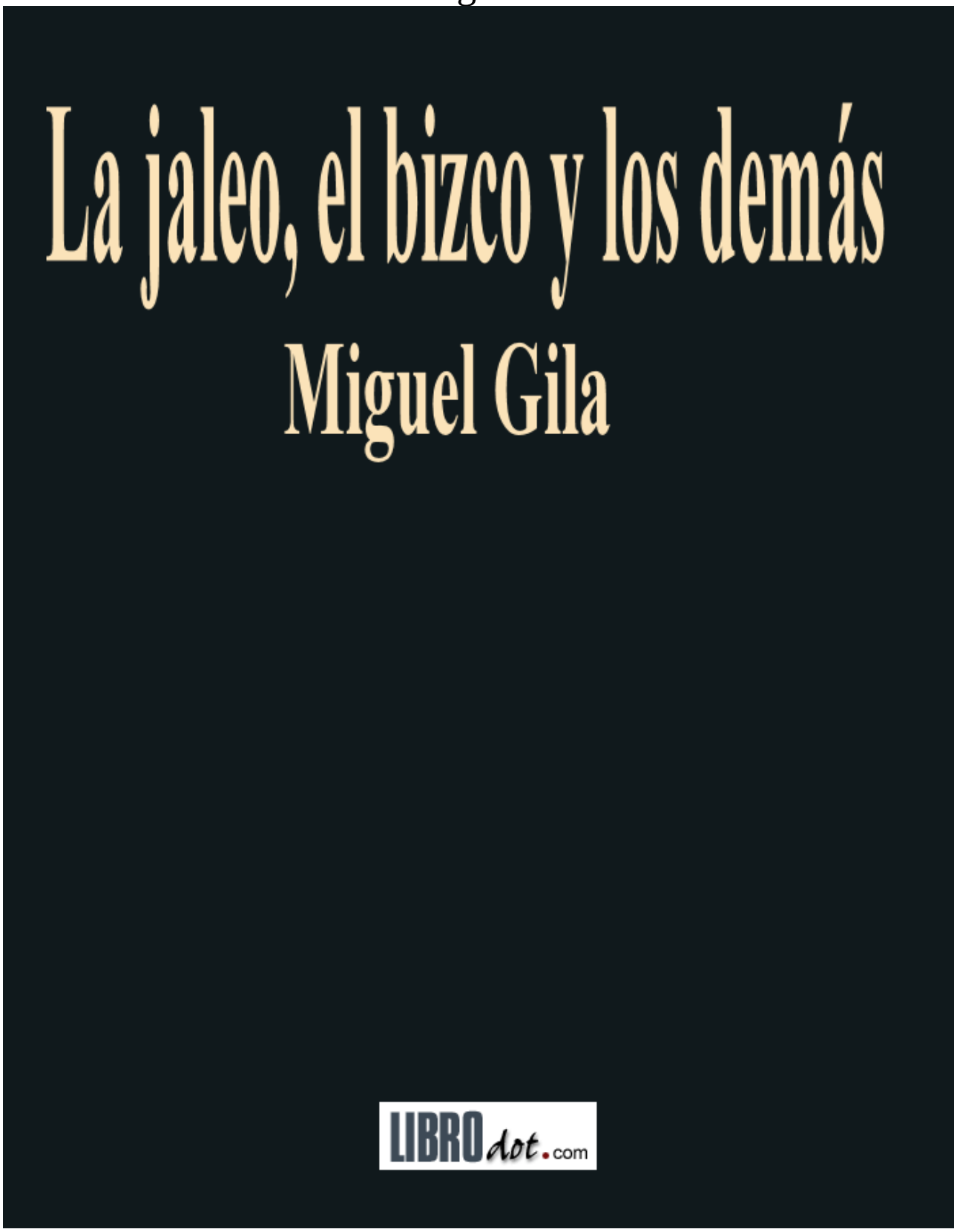
La jaleo, el bizco y los demás
Miguel Gila



Miguel Gila

Ustedes ya conocen a Gila. ¿Quién no conoce a Gila? Gila es ya una institución, en España y fuera de ella, y si no viviese ese otro gran cómico hispano-americano que se llama Mario Moreno "Cantinflas" -por quien nuestro personaje siente una profunda y sincera admiración, al mismo tiempo que le une a él una seria y verdadera amistad-, diríamos que Gila es lo más importante que ha producido el humor de lengua española en este siglo.

Gila ha sido y es y lo seguirá siendo durante mucho tiempo, ya que se mantiene en plenitud de facultades, gracias a Dios, una fenomenal explosión de popularidad que ha alcanzado de lleno a millones de personas.

Cualquier ídolo tan grande como él se hubiese deshumanizado, habría perdido contacto con las pequeñas cosas que nos rodean, para vivir en la nube de su éxito. Con Gila, como con los valores verdaderos, ocurre todo lo contrario. Cada día de su vida ha sido una experiencia aprovechable. Su humanidad ha enterrado a la vanidad del éxito.

De esa extraordinaria humanidad de Miguel Gila sabrá algo el lector cuando vaya pasando las páginas de este libro, que nos arriesgamos a predecir será una caja de sorpresas para todos, para los que confiaban en Gila y para los que desconfiaban de su genio. A los primeros les dará todavía más de lo que esperaban de él. A los segundos se les revelará con una evidencia cegadora, imposible de negar.

Gila, escritor. Sí, en toda la dimensión de la palabra. Por sus valores humanos y literarios, "La Jaleo, el Bizco y los demás", está llamado a ocupar un puesto de honor en la moderna literatura española. Que nadie ataque la lectura de estas páginas con frivolidad, porque se vería defraudado. Los personajes retratados por Miguel Gila no han nacido en él, sino que han existido realmente, sólo que bajo la pluma feroz y al mismo tiempo tierna del gran humorista, viven otra vida mejor y más duradera.

Gila escritor es una bomba de la categoría de Gila humorista. Es otra dimensión de su genio, tal vez la más lograda, la más profunda, la más auténtica.

Nota

Como se indica en la despedida del libro, el autor ha introducido al final del mismo una serie de viñetas humorísticas. Estas viñetas han sido adaptadas poniendo en cursiva su pie (se indica igualmente si no lo posee) y, a continuación, una breve descripción del dibujo que lo acompaña.

Muchos ya se han ido, algunos siguen estando, y otros no estuvieron nunca. Pero todos, absolutamente todos, formaron parte de todo esto.

Gila

A María Dolores Cabo

Un día, la ventana se abrió de par en par y por ella se asomó mi niñez. Y tiré a la calle mis risas y jugué con las nubes y la lluvia. Y por esa ventana salí creyéndome un hombre.

Por última vez me volví a mirar la ventana, y por última vez vi el rostro de mi madre ocultando su preocupación tras una sonrisa.

Mi juventud, fue sólo un corto atardecer.

Al hacerse de noche en mis ambiciones, tropecé con un enjambre de máscaras grotescas que se burlaron de mí. La indiferencia cerró mis ojos. Cuando los abrí había amanecido. Frente a mí estaba la ventana que dejé... ¡Y en la ventana estabas tú!

Yo he recorrido a pie el camino gris de la vulgaridad y he sentido el cansancio de no ser. He pasado por encima de aquellos que no teniendo valor para llegar al final, se tumbaron a dormir su cobardía, arropándose con los harapos descoloridos de lo fácil. He luchado noches enteras con el sueño y la fatiga, y he vencido a la incultura que, sabiendo de mi humilde cuna, trataba de clavar su garra en mi cerebro.

He llegado al final de este camino y he penetrado en el valle donde, escrito en cada puesta de sol, está el nombre de los que fueron algo.

Si al dejar de ser materia y abandonar este valle, no consigo que mi nombre se escriba junto al suyo, al menos me iré con la satisfacción de saber quiénes fueron y haberles comprendido.

--¡Mamá! Pepito se ha reído.

En un velatorio, con el ataúd en la habitación contigua, un niño sonriente es señalado por su hermana mientras la familia le mira con gesto triste.

Manuela Reyes

Dios le dió a nuestra vida la duración justa para dejarnos convencidos de los sufrimientos que nos ahorró al hacérnosla más duradera.

Mi abuela se llamaba Manuela Reyes. Mi abuela era ágil, menudita, despierta. Los ojos de mi abuela eran azules, de un azul claro. Los ojos de mi abuela habían visto crecer cinco hijos varones. En su fatiga había siempre el recuerdo de la única hija que vino, pero que se fue sin llegar a ser mujer. Y en su bregar diario había la incomprensión de haber perdido aquella niña que hubiera compartido el duro trabajo de tener limpios cinco hijos y un marido.

Mi abuela bajaba a la calle docenas de veces y siempre se le olvidaba algo, y volvía a subir los cinco pisos y los volvía a bajar otra vez y su fatiga la escondía detrás de una sonrisa.

Manuela Reyes se cansó de subir y bajar aquellas escaleras de vecinos pobres, sin ascensor, y se cansó de lavar ropa para cinco hijos y un marido y de pensar en aquella niña que se fue, y de regar los tiestos. Y se cansó de estar sola desde que murió mi abuelo y de ir todos los domingos a casa de sus hijos ya casados a comprar con golosinas los besos de los nietos.

Un día, Manuela Reyes murió. En el azul de sus ojos se hizo de noche y se fue con su fatiga, dejando huellas de ruido antiguo en los desgastados escalones de la casa de vecinos pobres.

Antonio Gila

No puede saber qué es la vida quien no haya sentido la necesidad de que le necesiten.

Mi abuelo se llamaba Antonio y era carpintero. Mi abuelo trabajaba por cuenta propia. Tenía su taller instalado en la cocina: junto al puchero del cocido estaba el bote de la cola.

A mi abuelo le importaban un rábano las Leyes laborales y me hacía trabajar con él después que yo salía del colegio.

Tenía sus clientes fijos: don Antonio, un abogado que vivía por el paseo de Recoletos; don Alfredo, que vivía en la calle de Barceló, y otros que vivían por otros sitios. Los sillones que rompían las visitas de don Alfredo entraban en mi casa con los muelles asomando. Mi abuelo les

metía los muelles dentro y los cosía: algo así como hacían con los caballos de los picadores en las plazas de toros. Luego los tapizaba con telas de colores tristes y los remataba con una greca dorada llena de pelotitas colgando. Las visitas de don Alfredo volvían a sentarse, hasta que los muelles de los sillones volvían a salirse.

Cuando mi abuelo me colocaba un sillón encima de la cabeza para que se lo llevara a don Alfredo, me advertía que no me sentara encima del sillón durante el trayecto.

A los veinte minutos de andar con el sillón encima de la cabeza, se me empezaba a poner cara de chino. Descansaba un rato sentado en el bordillo de la acera y cuando el pescuezo recobraba su longitud normal, me ponía de nuevo el sillón sobre la cabeza, ayudado por un transeúnte caritativo, y llegaba a casa de don Alfredo donde su señora me daba una peseta y otro sillón con los muelles asomando a falta de algunas pelotitas que había arrancado el gato.

Mi abuelo me mandaba al almacén de maderas a por tableros y a llevar sillas con un carrito y a por cola y a por clavos. Mi abuelo me hacía bastante la puñeta; pero yo le quería mucho, porque mi abuelo era muy bueno, porque me quería mucho, y porque quería a mi abuela a quien yo quería con locura.

El Rompeolas

Hoy he estado en el rompeolas, padre. Me he asomado al mar, en el mismo lugar donde tu juventud quedó dormida para siempre en los brazos de una muerte vieja como el mismo mundo. Me he sentado a contemplar las olas que golpean las rocas minuto a minuto en el gigantesco reloj de los siglos.

El mismo mar que te vio morir, azota y devora la piedra que causó tu muerte, la va debilitando, castigándola a una agonía lenta, y un musgo verdinegro ha borrado su belleza. ¡Quién sabe si de no haberte asesinado sería hoy pedestal de monumento glorioso o columna de lujoso palacio! ¡Caro está pagando su crimen! Deformada y carcomida, ha de aguantar día a día y noche tras noche, la continua embestida de las olas que la golpean sin piedad.

No sé qué poder concede Dios a los muertos; pero si tú, padre, puedes volver al lugar donde dejaste el mundo absurdo de los vivos, busca una oración que yo he dejado para ti sobre la misma piedra que te asesinó, y perdóname, porque habiendo transcurrido tantos años desde entonces y siendo hombre, no he podido impedir que mis lágrimas se hayan fundido en el horizonte borroso del mismo mar que te vio morir.

La Buhardilla

Yo estaba sentado al borde de un camino que no conducía a ninguna parte: El se acercó y me dijo: "Puedes pedir aquello que más necesites"... ¡Y qué podía necesitar, si él estaba conmigo!

Vivíamos en una buhardilla.

Decía mi abuelo que el vecino de arriba era Dios.

En el techo de cada habitación había un montante que daba al tejado y por ese montante entraba la luna, blanca, cuadrada, a sentarse en los baldosines de la habitación.

Nuestra buhardilla era desigual en sus paredes. Por un lado, el techo estaba a menos de metro y medio y por el otro lado pasaba de los dos metros. El lado bajito lo usábamos para estar tumbados en la cama y dormir. El otro lado lo usábamos para ponernos el pantalón, los calcetines y

los zapatos. Las camas estaban arrimadas a la pared del lado bajito y había que tener mucha memoria para no romperse la crisma cuando sonaba el despertador.

Mi primo Vicente, que venía del pueblo cada dos por tres a visitarnos y a traernos unos chorizos, como no tenía costumbre de aquello de los techos, se rompía la crisma al despertarse. Luego se iba al pueblo, se curaba y volvía a venir y se volvía a romper la crisma.

Mi primo Vicente odiaba la buhardilla; pero para nosotros tenía sus encantos. En el techo de cada habitación había un montante para que entrara la luna, blanca, cuadrada, a sentarse en los baldosines de la habitación, y como decía mi abuelo: El vecino de arriba era Dios.

La Ventana

Si eres insignificante te compadecerán. Si eres importante serás víctima del odio. Nada hay como ser inteligente y compadecer por insignificantes a los que te odian.

Nuestra casa sólo tenía una ventana: la de la cocina. En una casa donde viven muchas personas, la ventana no descansa nunca. La ventana servía para que mi abuela tendiera la ropa, para dejar la leche al fresco y para saber si hacía sol o estaba lloviendo. La ventana servía para colgar la jaula del canario, y para oír los gritos del tendero cuando nos avisaba que nos llamaban al teléfono. Gracias a la ventana de la cocina no moríamos por asfixia cuando mi abuela freía sardinas, y gracias a la ventana de la cocina soportábamos las calurosas noches del verano. Enfrente de nuestra ventana había otra: la de la señora María, que al igual que nosotros sólo tenía una. La ventana de la señora María tampoco descansaba nunca. En ella colgaba la jaula del canario y el botijo, tendía la ropa y ponía la leche al fresco. Por la ventana de la señora María entraban los gritos del tendero cuando la llamaba para que bajase al teléfono. A mí me hubiera gustado que nuestra casa tuviera dos

ventanas; pero quizás la señora María hubiera muerto por asfixia al freír sardinas. Creo que tener una ventana cada casa era lo justo.

La Galena

Acabo de hacer limpieza en el desván de mi memoria. He quemado en el fuego del olvido los nombres de las mujeres que estuvieron en mis años jóvenes, las caras de los falsos amigos, las humillaciones de cuando quise ser, y las adulaciones de cuando fui. Solamente he dejado en el desván de mi memoria, mis peleas de niño, el olor de la casa donde crecí, y las lágrimas de mi madre.

Ningún vecino del pasillo tenía radio de galena: nosotros sí. Estaba hecha de una bobina de cartón forrada de hilo de cobre y para oír la música había que pinchar una piedrecita con un muellecito de alambre que terminaba en punta. Lo peor de la radio de galena es que había que ponerse unos auriculares en las orejas; nosotros teníamos dos: uno para cada oreja, y cuando entraba una vecina le prestábamos uno. Los auriculares tenían un casco de alambre que servía para oír la radio y tener las manos libres. Mi abuela no se acordaba nunca del casco, y cuando llamaban a la puerta o se salía la leche, echaba a correr llevándose el aparato de galena colgando, y detrás del aparato de galena iba el cable de la antena.

Casi todos los días teníamos que esperar a que volviera mi tío Manolo del trabajo y lo colocara todo de nuevo en su sitio. Cuando ya lo había colocado, pinchábamos la piedra de galena

con el muellecito y nos hartábamos de oír zarzuelas, hasta el día siguiente, que se volvía a salir la leche y mi abuela volvía a arrancar todo de la pared.

Mi tío Manolo

Cuando yo no era feliz, me compadecían; ahora que soy dichoso me envidian, y yo, que antes envidiaba a los que eran felices, compadezco ahora a los que me envidian.

Mi tío Manolo era mecánico. Tenía treinta y cinco años y una bicicleta.

Todos los domingos, a las siete de la mañana, me llevaba al río sentado en un sillín de madera que él había colocado en el cuadro de su bicicleta.

Cuando llegábamos al río, después de haber recorrido veinte kilómetros escuchando el canto de las chicharras, buscábamos un sitio donde el agua nos llegara por la cintura, nos bañábamos y comíamos unos bocadillos que nos había preparado mi abuela.

Anocheciendo regresábamos a casa. Yo le contaba a mi abuela mis proezas de nadador y cómo me había tirado de cabeza desde el Tronco de la Muerte. Con este nombre había bautizado yo a un viejo tronco que en perezosa agonía se asomaba a las escasas aguas del río Jarama.

Mi abuela, que ignoraba el lugar, imaginaba el Tronco de la Muerte como algo fantástico y peligroso. Mi tío, cuando yo me descuidaba, explicaba a mi abuela en qué consistía este tronco y ella, más tranquila, ponía una atención a mis narraciones que hacía crecer en mi mente de muchacho la heroicidad.

Un domingo por la tarde, cuando volvíamos del río, la respiración de mi tío se hizo fatigosa. Paró la bicicleta y me hizo subir a pie la cuesta de Canillas.

Caminamos con la bicicleta de la mano.

Aquel día se acabaron las excursiones. Yo pesaba mucho para llevarme en el sillín, y en mi casa no había dinero para comprarme una bicicleta.

No sé si el Tronco de la Muerte fue transportado al sepulcro en las sucias parihuelas de alguna riada.

Sentí una gran tristeza al no poder seguir yendo de excursión, pero me alegré al saber que me estaba haciendo hombre, sin pensar que, al serlo, ya nunca más volvería a ser niño.

Mi tía Capilla

Que tus oídos no lleven a tu inteligencia lo que el cerebro de los cretinos pone en su lengua, y que tu lengua no trate de llevar tu inteligencia al oído de los cretinos, porque no entraría en su cerebro.

Teníamos una tía rica que se llamaba Capilla y sabía idiomas. Mi tía Capilla era, en París, ama de llaves de unos Príncipes rusos huidos del comunismo. Cuando iba a venir mi tía Capilla, en mi casa había un tremendo cambio. Yo bajaba a la tienda de la señora Luisa y al pedir una docena de huevos ya sabían en la tienda que venía mi tía Capilla de París, porque pedir una docena de huevos rompía la costumbre de los "dos huevos de a real" que yo pedía todas las vísperas de vigilia: único día en que en mi casa no se ponía cocido. También el frutero, al pedirle media docena de plátanos, sabía que iba a venir de París mi tía Capilla, y lo sabía Guillermo, el carnicero, cuando tenía que servirme medio kilo de filetes de ternera en lugar de los cuarenta y cinco céntimos de morcillo. Yo le tenía manía al carnicero porque tenía la costumbre de untarme la nariz con manteca y reírse a carcajadas, por eso cuando Guillermo, el carnicero, se daba la vuelta yo le robaba una "punta" de jamón.

Todos, absolutamente todos, sabían que iba a venir mi tía Capilla.

Para mí tenía muchos alicientes la visita de mi tía rica. Por falta de camas, me acostaban en la cocina echando un colchón en el suelo, cosa que me divertía enormemente porque rompía la monotonía de dormir siempre en el mismo lugar. Cuando venía mi tía Capilla no se aprovechaba el pan del día anterior, bebíamos vino tinto y hasta un vaso de leche antes de acostarnos; pero lo que más me gustaba de cuanto ocurría en sus visitas era buscar el taxi para que la llevara a la estación. Lo iba a buscar lejos para que el paseo fuera mayor. Cuando llegaba a la puerta de mi casa, los chicos del barrio sabían que había venido mi tía Capilla, porque sólo cuando venía mi tía Capilla usábamos taxi.

Al día siguiente de haberse marchado, el trapero que recogía la basura sabía que había venido mi tía Capilla de París, porque en el cubo había cáscaras de plátano y de huevo.

Todo el mundo sabía que había venido mi tía Capilla y a mí no me disgustaba porque, cuando venía, yo era muy feliz.

Sor Patrocinio

Si Tú, que eres el Supremo Hacedor, no evitas que mis enemigos me odien ¿cómo yo, que soy barro, puedo lamentarme del odio de mis enemigos? Si Tú que puedes hacer de la luz oscuridad, dejas que mis ojos sigan viendo ¿cómo yo, que soy polvo, puedo lamentarme de lo que mis ojos ven? Yo, como tu humilde siervo que soy, sólo puedo suplicarte que perdones a mis enemigos, y que mis ojos no queden nunca sin lágrimas, porque entonces ya no habrán sentimientos en mi corazón y ya no seré digno de Ti.

Sor Patrocinio de San José era organista de un convento de clausura. También era tía mía. Me quería tanto y tenía un alma tan pura que hasta le gustaba oírme cantar.

Yo sólo conocía de Sor Patrocinio de San José la dulzura de su voz a través de la tupida y oscura celosía del convento, y su bondad a través del torno por el que me enviaba aceitunas rellenas, almendras y bizcochos.

Yo cantaba en el coro de la escuela y Sor Patrocinio tenía una ambición: Que yo llegara a ser solista de ese coro. Así se lo prometí. Ella, a cambio, me prometió acompañarme al órgano.

Conseguí ser solista del coro, pero demasiado tarde.

La hermana portera del convento nos dijo que Sor Patrocinio de San José había sido elegida por Dios. Aquel día ni siquiera entramos en el convento, ni comí aceitunas, ni bizcochos, ni almendras.

Seguí siendo solista en el coro de la escuela y cuando cantaba en la pequeña iglesia del colegio yo sentía dentro de mi alma la sensación de que era Sor Patrocinio de San José la que hacía vibrar el teclado del órgano, cumpliendo así su promesa de acompañarme cuando yo consiguiera ser solista, y me sentía tan feliz que no echaba de menos las almendras, ni los bizcochos, ni las aceitunas.

La Jaleo

Si pasas tus dedos buscando polvo en las vidas ajenas, mira antes si tienes las manos limpias.

"La Jaleo" debía tener alrededor de los veinticinco años. Tenía también dos cejas anchas y negras y un culo gordo que movía mucho al andar de aquí para allá y de allá para aquí.

"La Jaleo" no se llamaba "La Jaleo", pero ninguno sabíamos su nombre y a ella no le importaba que la llamásemos así. Se reía siempre. Era como si sólo tuviera una expresión: esa. Los chicos del barrio no estropeábamos nunca su risa porque hacíamos lo que le gustaba a "La Jaleo", que era mirarle los muslos cuando se levantaba las faldas. ¡Los tenía bonitos la puñetera! Bueno, al menos a nosotros nos parecía que sí los tenía bonitos.

Lo de enseñar los muslos no lo hacía gratis: cobraba veinte céntimos de los de antes de la guerra. Costaba lo mismo verle los muslos que ver dos películas de episodios en un cine al aire libre. Decía el Gregorio, el de la Juana, que él le había visto todo a "La Jaleo", que un día tenía un duro y se lo dio, y ella se lo enseñó; pero nadie se lo creía, ni "El Mantecas", que era tonto de remate.

"La Jaleo" vivía sola en uno de los cuartos más pequeños de la casa de vecinos, el que daba al patio de la vaquería, que sólo tenía la cocina y una alcoba, claro que a ella le sobraba casa, porque no tenía más muebles que una mesa de cocina, dos sillas y un camastro, ni más parientes que una gata, que no era pariente, pero como si lo fuera.

Después, cuando los chicos nos hicimos hombres, "La Jaleo" pasaba junto a nosotros, con la misma sonrisa; pero ya no nos enseñaba los muslos. Hacía constantes viajes a la taberna a buscar una jarrita de vino y un puñado de escabeche, se conoce que para tomar el vino con algo, y volvía a pasar junto a nosotros, con la misma sonrisa de siempre, pero sus muslos no debían de ser igual que entonces, porque su andar ya no era firme.

No sé cuándo murió ni dónde estará enterrada. Ni siquiera si su nombre está escrito en alguna lápida, porque para todos nosotros era "La Jaleo". De todas formas, como Dios es la Sabiduría, es posible que solamente por el apodo sepa quién es y dónde está. Así sea, para que hasta ella llegue la oración que pensé el día que me enteré que había muerto.

Gustavo

Toma la sonrisa de un niño, la fidelidad de un perro y la discreción de un muerto; haz con esto un hombre y llámale amigo.

Mi amigo Gustavo era alemán. En casa de Gustavo todo era distinto. No tenían botijo en verano ni brasero en el invierno y no tenían hacha en la cocina, ni soplillo de paja, ni barreño grande de chapa colgado en la pared. En casa de Gustavo no olía a humedad ni a cocido. También los juguetes de Gustavo eran distintos: su aro tenía timbre, sus bolas eran de cristal, su peón de música y su patín tenía ruedas de goma. El día de su cumpleaños nos invitaba a merendar, pero a cambio de la merienda su madre nos obligaba a lavarnos las manos y nos colgaba una servilleta del escote.

Cuando yo me cansaba de vivir la vulgaridad de mis otros amigos del barrio, chicos como yo de hacha en la cocina y soplillos de paja y barreño de chapa, me llenaba los bolsillos de cajas vacías de cerillas y chapas de las botellas de cerveza y con este raro equipaje me iba a casa de Gustavo que era como ir al extranjero. Sus padres no le dejaban jugar con aquellas cosas sucias y extrañas, por eso yo se lo daba todo a escondidas, como un traficante en drogas, y él me pagaba dejándome jugar con un mecano al que odiaba.

De todo lo que había en casa de Gustavo lo que yo más envidiaba era la bañera, grande, en la que cabía una persona mayor. Hubiera dado cualquier cosa por tener una bañera como la de Gustavo, pero en mi casa sólo teníamos la pila de hierro de la cocina, que siempre estaba llena de platos y tenía el cable de la luz atado al grifo. Si hubiera tenido una bañera grande, hubiera echado en ella los barcos que yo mismo me hacía con un trozo de madera y un cuchillo de la cocina. Sin embargo, a mi me daba pena Gustavo, porque no tenía trampa de la luz atada al grifo y no vivía la emoción de sentir un vuelco en el corazón cada vez que llamaban al timbre de la puerta.

Pepe el de la Carola

Nunca hasta el final, debemos juzgar como amigos a los que nos quieren, ni como enemigos a los que nos odian. Existiendo la degeneración y el arrepentimiento, es necesario esperar toda una vida, para saber qué lado pesa más en cada uno de los humanos que conocimos.

Pepe el de la Carola ya no vive. Héroe en la guerra murió sin alcanzar la paz. Le llamábamos Pepe el de la Carola porque en la casa que vivíamos había otros Pepes. Era un muchacho distinto a los demás y todos, absolutamente todos, le admirábamos. Pepe el de la Carola me dio una pedrada en la frente una vez, por nada.

Pepe el de la Carola tenía un perro llamado Canelo. Era perdiguero y no conocía la caza. No hubiera sabido distinguir una perdiz de un lenguado. El Canelo tenía cara de sacristán de pueblo y era holgazán como la madre que lo parió -la perra del alquiler de carros a la que nadie había visto de pie.

Pepe el de la Carola era el excéntrico del barrio, el héroe. Con frecuencia se escapaba de su casa, se hacía una chabola en un solar y vivía varios días alejado de sus padres y hermanas. También dentro de la chabola vivía el Canelo. Los chicos robábamos en nuestras casas huevos, pan y naranjas, y metíamos en un pedazo de pan el tocino y la carne del cocido para llevárselo a Pepe el de la Carola.

La Carola no se preocupaba de su Pepe ni de Canelo.

Cuando Pepe el de la Carola se cansaba de vivir en la incomodidad de la chabola, volvía a su casa con los riñones doloridos y los ojos irritados del humo de las hogueras que hacía para matar el frío. También el Canelo volvía con él, con su cara de sacristán de pueblo.

Un día, Pepe el de la Carola se escapó de su casa y con él se escapó el Canelo. Nunca regresaron.

La Carola sigue esperando. La veo muchas veces sentada a la puerta de su casa con la vista perdida en el fondo de la calle. Pero su Pepe, Pepe el de la Carola -y el Canelo, ya no vendrán, porque esta vez se han ido para siempre.

El Bizco

Soñé que yo era inmensamente rico. En el árido valle que se extendía a mis pies, vi un mendigo aterido de frío, tratando inútilmente de quedarse dormido; más allá, dos hombres uniformados, luchaban ferozmente por aniquilarse. En una choza de chamizo, un niño lloraba abrazado a la madre muerta, y en la penumbra de una alcoba, una mujer joven, casi una niña, con el pelo revuelto y la ropa en desorden, acababa de vender su honra. Tenía ante mí la miseria, la guerra, la muerte y la deshonra. Llevé una mano a mis ojos y no había en ellos ni una sola lágrima. ¡Gracias, Dios mío, por haberme despertado!

A todos los chicos del barrio nos tenía intrigados "El Bizco". Nos tenía intrigados porque nunca sabíamos con cuál de los dos ojos nos miraba.

"El Bizco" era un tipo gracioso; tenía siempre el chiste oportuno y la broma adecuada. Era el menor de la pandilla y todos sentíamos un deseo común de protegerle, no por bizco, ya que en las peleas, por desconcertar al contrario con su mirada, colocaba el puñetazo antes que nadie. Sentíamos deseo de protegerle por su pobreza. En casa de "El Bizco" se comía sólo pan con aceite, tomates con sal y sardinas arenques.

"El Bizco" no tenía padre. Decía que se había muerto del susto cuando nació él; para hacernos reír, claro, porque el padre de "El Bizco" había muerto de una borrachera de aguardiente. Su madre también se emborrachaba y al bizco, que ya se había acostumbrado a todo, le importaba un pito, porque según sus propias palabras, el señor Andrés, el tendero, le había prometido colocarle de dependiente cuando tuviera la edad reglamentaria. Decía el señor Andrés, que teniéndole detrás del mostrador nadie se atrevería a robar, creyéndose bajo la mirada vigilante del bizco, aunque en esos instantes estuviera mirando a la báscula.

Cuando en el invierno nos reuníamos alrededor de una fogata, en el solar de la esquina, "El Bizco", con sus ojos descolocados, irritados por el humo, nos contaba el chiste del loro que se comía el chorizo del cocido, y el de la beata que regañó con San Pedro. Nosotros se los habíamos oído cientos de veces, pero nos reíamos siempre con la misma gana; porque "El Bizco" ponía cara de loro y cara de beata.

El mismo día que enterraron a la madre del bizco vinieron a buscarle unos señores. Le vimos salir de su casa, con la ropa metida en una caja de cartón atada con una cuerda, con los ojos descolocados enrojecidos por el llanto y el pelo revuelto y sucio como siempre.

Cuando cruzaba el jardinillo que había a mitad de la calle, volvió la cabeza y no supimos si su mirada iba dirigida a nosotros o a la casa donde había vivido su niñez desnutrida. Ninguno recordábamos su nombre de pila, pero todos le dijimos adiós con la mano y todos, absolutamente todos, silenciamos su apodo. "El Bizco" quedaba en nuestras reuniones alrededor de la fogata contándonos el cuento del loro que se comía el chorizo del cocido, y el de la beata que regañaba con San Pedro. El que desaparecía al fondo de la calle, con su ropa en una caja de cartón era nuestro amigo, huérfano y desnutrido, que ya nunca trabajaría en la tienda del señor Andrés.

El Borracha

Cuando aquel estúpido, me dijo, refiriéndose a su perro: "Es muy inteligente: sólo le falta hablar", pensé en lo inteligentes que serían algunas personas, si en lugar de hablar, se limitaran a ladrar de vez en cuando.

El "borracha" tenía un alquiler de carros de mano, una calandria en una jaula, una perra que se pasaba la vida durmiendo y una huerta con seis o siete matas de tomates. El "borracha" tenía muy mala leche o muy mal vino, lo mismo dá. También tenía voz de vicetiple, por eso le llamábamos el "borracha".

Al "borracha" había tres cosas que le cabreaban mucho: que le llamaran "borracha", que le robaran los tomates y que le untaran de caca las varas de los carritos por la parte de agarrarlos. A la perra le importaba todo un pepino. Bastante tenía con sus pulgas y sus moscas. Los chicos del barrio teníamos la manía de hacer siempre eso que le cabreaba mucho al "borracha" y entonces venía lo de la mala leche o el mal vino: lo mismo da y nos decía barbaridades de nuestro padre. A nosotros, los chicos del barrio, nos daba mucha risa, porque nos lo decía con voz de vicetiple.

El "borracha" odiaba a los chicos del barrio. A mí me la tenía jurada, por eso, un día que no me pudo alcanzar, me tiró una navaja que aunque me acertó con ella en la espalda, tuve suerte que no fuera por su afilada punta. Entonces el que se la juró fui yo. Crucé un alambre a la altura de la espinilla en la puerta del alquiler de carros, le di una pedrada a la jaula de la calandria y el "borracha" salió disparado. Tropezó con el alambre, hizo una pirueta en el aire y cayó de bruces al suelo. La perra ni se movió, bastante tenía con sus pulgas y sus moscas.

El "borracha" siguió con su mala leche o su mal vino, su alquiler de carros de mano y su huerta de tomates. La perra siguió con sus pulgas y sus moscas. Lo único que cambió un poco fue su voz de vicetiple que sonaba distinta al faltarle tres dientes que se dejó en las baldosas de la puerta donde yo crucé el alambre.

¡Que San Francisco de Asís me perdone por la pedrada que le di a la jaula de la calandria, y el señor Rufino por llamarle "borracha" y por lo del alambre!

La Chiva

Arriesgarse deliberadamente. No cambiar la iniciativa por la espera. No vender la libertad por un plato de comida. Soñar, crear. Ver en el fracaso la obligación de triunfar. Mirar al mundo cara a cara y decir: "!Lo hice yo!" ¡Esto significa ser hombre!

La chiva de la señora Luisa debía ser muy lista: sabía que el destino de las cabras es el de surtir de leche durante su juventud y servir unos cuantos kilos de dura carne a su vejez. La chiva de la señora Luisa pasaba el día en el solar de la esquina. Se alimentaba de cardos y trozos de papel. Igual se comía una flor silvestre que la noticia de un cambio de Gobierno.

Todas las tardes, a las cinco en punto, la señora Luisa soltaba la cuerda a la chiva, abría la puerta del solar y la chiva emprendía una carrera hasta la tienda de la señora Luisa. Allí era ordeñada y dormía hasta el día siguiente en que volvía de nuevo al solar.

A las cinco de la tarde de un día de sol, yo jugaba a la pelota con otros chicos del barrio. Vi a la chiva venir de lejos en veloz carrera. Me quité el guardapolvos y me dispuse a darle un pase que dejara boquiabiertos a mis amigos. No debía estar yo muy ducho en materia taurina porque la chiva de la señora Luisa acertó a toparme en la mismísima barriga, obligándome a expulsar el aire de mi estómago y el de mis pulmones. Caí de espaldas entre el regocijo de mis amigos que no cesaron de reír hasta que la chiva de la señora Luisa estuvo en la tienda ordeñada y dormida.

Creo que este percance no me hubiera ocurrido de haber nacido en otro país, pero mi sangre española fue la que me dio ese impulso taurino con la chiva de la señora Luisa que en paz descanse.

El Charlatán

Cuando yo era ignorante quise saber y supe que existían la envidia, el odio y la mentira; entonces añoré la ignorancia.

Aquel día no fui al colegio. Lo pasé en el río Manzanares. Mi abuela sabía muy bien cuando yo no iba a la escuela, porque mi ropa y yo teníamos un olor especial y lo que no dejaba lugar a dudas era mi pelo revuelto, sucio, áspero y con un apagado color pardo. Lo más curioso es que yo me daba cuenta de estos detalles a la segunda bofetada de mi abuela; pero mi ángel de la guarda, a quien pido perdón por el mucho trabajo que le di, me guió aquel día por calles distintas a las de otras veces. En medio del bulevar de Alberto Aguilera había un grupo de gente y en el centro del grupo un hombre dando gritos. Los gritos servían para ofrecer a los curiosos un producto, según sus propias palabras, importado de los más famosos laboratorios de Alemania, un fijador, brillante, ondulador, del que era representante exclusivo. Ahora que ya pasó todo me pregunto: ¿por qué el asqueroso se fijaría en mí y por qué me eligió para su demostración práctica? Me cepilló el pelo. Me dio una fricción

después de volcar en mi cabeza dos chorros de su famoso fijador. Cuando comenzó a frotar mi cabeza para darme el masaje preparatorio, pensé en los cazadores de cabelleras del lejano Oeste. En algunos momentos creí, por el dolor y los tirones de pelo, que era un indio comanche en guerra. Después me peinó.

No recuerdo haber tenido la cabeza más bonita. Cinco horas más tarde, con la cara como un tomate de las bofetadas de mi abuela, yo estaba en la cama con la cabeza como un cartón.

Antes de quedarme dormido, oí unos pasos en mi habitación. Seguramente el ángel de la guarda acababa de llegar. Tal vez se paró a contemplar el escaparate de alguna tienda y me perdió de vista antes de caer en manos del charlatán. Y doy gracias a que aquel charlatán no vendiera instrumental clínico, porque de haber sido así yo me hubiera dejado amputar una pierna. Y es que los niños, sin el ángel de la guarda son de una ingenuidad...

El Señor Teófilo

Los héroes no se miden por la magnitud de su heroicidad, sino por el honor que empeñaron en ella.

Vivía dos puertas más allá de la nuestra.

Odiaba las siete de la tarde. Odiaba aquel reloj colgado de la pared, detrás de la cajera, y odiaba a sus compañeros de trabajo que suspiraban porque dieran las siete de la tarde. Hasta esa hora, era un hombre feliz. Detrás del pequeño mostrador atendía a los clientes con una sonrisa. Una sonrisa que nacía en su boca a las nueve de la mañana y que invariablemente, todos los días, se quedaba en la tienda, entre las camisetas de felpa y los calcetines de lana. Nunca se llevaba la sonrisa a casa, porque en su casa todo era distinto.

Teófilo, era un hombre casado. No sabía cómo, ni por qué; pero estaba casado. Tenía una mujer, y los dos vivían con la tía de su mujer, una viuda de pies hinchados enfundados en unas zapatillas de paño, negras. También vivía con ellos, Carola, una cuñada fea y soltera que trabajaba de enfermera con un médico vulgar.

Carola tenía trabajo en casa, sólo para poner inyecciones a la tía viuda, que desde hacía veintitrés años, decía que se moría de pena por la muerte de su marido, pero la tía, viuda, no se moría ni de pena, ni de nada. Se pasaba el día viajando por el pasillo, metida en sus zapatillas de paño, negras, protestando de todo.

A las siete de la tarde, Teófilo, cerraba la tienda, y media hora después se encerraba en su casa donde las dos mujeres le decían docenas de veces el precio del filete que se estaba comiendo. Por eso, Teófilo soñaba con las nueve de la mañana, con la cara joven de la cajera y la entrada del primer cliente. Pero cada día, invariablemente, en aquel reloj, daban las siete de la tarde.

Nadie supo cómo había ocurrido. Se dieron cuenta cinco minutos después de abrir la tienda. Alguien había entrado durante la noche utilizando una llave falsa. Revisaron la caja, que no había sido forzada. Hicieron un balance de todo, por si los "ladrones" se habían llevado algo. Alguien se fijó en el reloj. Le faltaba la manecilla pequeña. Era lo único que se habían llevado los "ladrones". Y Teófilo sonreía con una sonrisa de satisfacción, porque ese día, en el reloj de pared no darían las siete de la tarde.

Se lo contó a mi abuelo algunos días después, y mi abuelo, que conocía a Teófilo, a su mujer y a la tía viuda, se alegró de que al menos por un día no dieran las siete de la tarde.

El Pequeño Cantor

Nada es insignificante si la muerte se toma la molestia de venir en su busca.

Yo fui el encargado de darle sepultura. De nada habían servido los cuidados de mi abuelo: murió. Murió mientras dormíamos. Su cuerpo inerte yacía en el metálico piso de su fría y pequeña prisión de dorados alambres. Un terrón de azúcar picoteado en sus esquinas, una mustia y descolorida hoja de escarola y el pequeño columpio con su balanceo dormido velaban el cadáver. Sus últimos trinos se habían escapado por entre los finos barrotes y habían salido por la ventana de

la cocina buscando respuesta en alguna hembra de su especie que dormía en las ramas de alguna acacia vecina.

Llevé el pequeño puñado de frío y plumas al solar que había en la esquina de nuestra calle. Hice un hoyo y enterré al pequeño cantor. Después, mi ignorancia de niño guió mis manos y sobre la diminuta tumba coloqué una crucecita de madera.

...Cuando ya de noche, pasé por la cocina para ir a mi habitación, eché una mirada a la jaula vacía y muda, y creo que antes de dormirme sentí en mis oídos el canto alegre del pequeño cantor.

Don Juan Chistera

Don Juan Chistera,
con la cara de palo,
y las orejas de madera...

(canción infantil)

Tenía el pelo blanco y una muy cuidada barba que nos impedía ver si estaba sonriente o serio. Vestía siempre de negro y se llamaba don Juan. Los chicos de la escuela le llamábamos don Juan Chistera, sólo en voz baja, porque de habernos oído, nos hubiera dado un tirón de las patillas. Don Juan nos enseñaba los verbos, los ríos y las batallas famosas. Yo no era muy estudioso: tenía más afición al dibujo que a las matemáticas, y me divertía más pintar batallas en las hojas de los cuadernos que resolver una suma de quebrados. Don Juan me castigaba casi todos los días. Yo le tenía manía a don Juan porque no me cabía en la cabeza que mis dibujos no le gustaran.

Cuando don Juan colocaba su mirada por encima de las pequeñas gafas de armadura de plata, yo sabía lo que venía detrás:

-¿Qué estás haciendo? ¡Ven aquí! !No, no escondas nada!

Y cuando todos los chicos de la escuela se habían ido a sus casas y ya la plaza donde estaba el colegio vestía luz de gas, yo seguía en la clase recogiendo los papeles. Don Juan, que se quedaba hasta tarde estudiando me mandaba marchar a casa.

Aquella tarde del mes de noviembre, don Juan me pidió que avisara al portero. Le vi hablar con don Juan. Fue el portero con su cara de mono quien me mandó marchar aquella noche.

Al día siguiente, don Juan no volvió a la escuela. Don Juan estaba enfermo. Don Juan murió pocos días más tarde. ¡Ojalá nunca le hubiera llamado don Juan Chistera!

Pantalón de hombre

No sé qué serás cuando yo deje de ser, ni dónde estarás, cuando yo deje de estar. Lo importante es que tú te quedes cuando yo me vaya, y que nada hagas, sin pensar antes que eres carne de mi carne, que tu sangre se hizo con mi sangre y que fue mi ambición verte hombre, y mi orgullo saberte honrado. Si así eres en mi ausencia, no habrá en mí ningún pesar por haberme ido.

Mi primer pantalón de hombre fue de color caqui. Me lo hizo mi abuela de una guerrera que trajo mi tío Manolo de Melilla cuando se licenció. Mi primer pantalón de hombre sirvió para que mis amigos me tomaran el pelo preguntándome si me había colocado de tranviario. El color caqui de mi primer pantalón de hombre tuvo la culpa de que yo le rompiera las gafas de un puñetazo a mi amigo Pedro, y fue por culpa de mi primer pantalón caqui por lo que la madre de Pedro discutió con mi abuela. Mi abuela con aquello de la discusión, olvidó que tenía la comida en la lumbre y se

quemó. Mi abuelo armó un escándalo de abuelo y muy señor mío, dio un portazo y se vino abajo el clavo que sujetaba un retrato grande de mis bisabuelos, haciéndose añicos el cristal.

Días más tarde, mi tía Gloria se clavó un trocito de cristal en un dedo y no pudo ir a trabajar en una semana. Como esa semana que mi tía no podía trabajar hacía sol, por las tardes nos íbamos a pasear a los jardines del Hipódromo. Mi tía se enganchó en uno de los alambres que protegían los jardines. Como el alambre estaba a la altura del tobillo, mi tía cayó al suelo con tan mala suerte que se rompió un brazo.

Quizás si mi primer pantalón de hombre no me lo hubieran hecho de color caqui no hubiera pasado nada, pero el destino quiso que mi tío se trajese de Melilla aquella guerrera y que mi abuela la aprovechara. Y cuando el destino se empeña en una cosa...

Mi Primera Novia

Ahora que soy hombre, ya puedes venir: no importa si eres hijo, mujer, o amigo. Ven y párate en mi vida. ¡Debe ser muy triste abrir las manos al marcharse y encontrarlas vacías!

Yo acababa de estrenar mis catorce años y Teresa doce. Nos habíamos conocido en un cine de verano. No puedo recordar de qué hablamos, ni cómo le hice el amor: sólo recuerdo que nos hicimos novios. Cuando estábamos juntos, si alguien nos observaba, hablábamos de papá y mamá, para esconder nuestro noviazgo, aparentando que éramos hermanos. Lo hacíamos de común acuerdo, porque sentíamos la misma vergüenza.

Teresa tenía unos ojos grandes y despiertos, un pelo largo y fino descansando sobre sus hombros y una risa limpia como su alma de niña que comenzaba a ser mujer.

Nuestra cita diaria, empezaba a las siete de la tarde, y terminaba con los gritos de su madre que se asomaba al balcón, ya con la mesa puesta para cenar.

Nuestro noviazgo fue corto; Teresa murió.

Salté las tapias del convento de los padres Paules y arranqué las rosas más hermosas que encontré en el jardín.

Me colé en casa de Teresa y me asomé por entre las personas mayores. Dormía la noche eterna vestida de primera comunión. Fui intruso en su entierro.

Se fue con mis rosas. Se fue con doce años, y yo, viudo con catorce recién estrenados, regresé a mi casa con la incomprensión de haber perdido aquella mi primera novia, que no tenía razón para morir.

Siempre en el mismo lugar

Más allá de la distancia, detrás de lo infinito, donde la luz deja de ser oscuridad, está la felicidad, y nosotros los humanos, queremos alcanzar esa felicidad con unos brazos tan cortos que no podemos apartar de nuestro lado las miserias que nos rodean.

Estaba siempre en el mismo lugar, muy cerca de la puerta. La puerta fuerte de hierro forjado, que se abría como boca de gigante para devorar hombres de sonrisa inoportuna y mirada estúpida.

Estaba siempre en el mismo lugar, viendo cosas y gentes que sólo vivían en su imaginación. Y allí, en aquel lugar, junto a los setos descuidados, amarillentos, sacaba un papel sucio y arrugado que llevaba oculto en uno de sus bolsillos, miraba a todas partes, temeroso de que alguien le observara, mojaba su dedo índice en saliva y escribía una carta que guardaba celosamente para que

durante la noche no se la robaran aquellas máscaras que veía pasar en un carnaval suyo, de ideas grotescas.

Nunca preguntaba a nadie por qué estaba allí, entre gentes que no conocía, y vigilado por hombres que le hablaban como cuando niño. Tampoco sabía qué decía en su carta, ni a quién iba dirigida. Era una manía, una obsesión a la que no podía sustraerse. Y tal vez, por aquella manía, estaba allí, escribiendo aquella carta que no iba dirigida a nadie.

Los hombres de bata blanca eran los únicos que le comprendían, los únicos que sabían leer su carta. Aquella carta dirigida a nadie. Aquella carta que no decía nada.

Un día, la puerta de hierro forjado se abrió de par en par, y por esa puerta salió, con la carta apretada en su mano agarrotada y fría.

No fue nadie a su entierro, solamente las cosas y las gentes que habían estado en su imaginación. Sólo el hombre del carruaje, en cumplimiento de una obligación lo llevó sin protestar, sin alegría, sin respeto, sin llanto, sin oraciones, con una cancioncilla silbada, con costumbre. Y la puerta fuerte, de hierro forjado, siguió devorando hombres de sonrisa inoportuna y mirada estúpida.

Esperanseta

La honestidad sirve a muchas personas como antifaz para ocultar el veneno que les produce su inferioridad.

Frente a mí estaba el armario, alto, estrecho, con su espejo turbio en una de sus puertas, y yo estaba en el espejo, con mi cara que ya se afeitaba dos veces por semana desde hacía más de cuatro meses y mi ropa oliendo a humo y a pólvora. En cierto modo, mi niñez se había quedado en la buhardilla de la calle de Zurbano y el primer paso para llegar a hombre lo había dado al entrar en aquel cuartel improvisado, donde me dieron un fusil, ciento cincuenta balas y dos granadas de mano. Pero ahora, en este instante iba a ser un hombre en toda la extensión de la palabra. Lo iban a certificar aquellos brazos gruesos de mujer.

Se levantó, apagó la luz del techo y mi imagen quedó en el espejo, iluminada solamente por la luz de la mesita de noche.

--Va, chiquet...-- Y se metió en un pequeño cuarto, cerrando la puerta de cristales. Oí el agua de un grifo. Servía de acompañamiento a una cancioncilla. De vez en vez, se interrumpía la canción y tras una pequeña pausa la reanudaba de nuevo. Yo seguía de pie, esperando el momento, nervioso. Ignoraba las normas del acto sexual y trataba de adivinar la forma de proceder ante un amor alquilado para un instante. Recordé la naturalidad con que había oído a otros contar sus aventuras amorosas y pensé que también ellos habrían pasado por este momento, y recordé mis novias de niño, los besos ocultos, dados en algún rincón de la escalera, el temor de ser visto por algún vecino, la despedida con voz velada por el pudor y la vergüenza del encuentro, al día siguiente.

En la puerta de la habitación sonaron unos golpes. Luego una voz de mujer:

--¡Esperanseta...!

Esperanseta cerró el grifo y salió. Ahora, totalmente desnuda, sujetándose con las manos mojadas los pechos enormes, más blancos que sus brazos. Pechos acariciados por manos callosas de feriantes de ganado y manos duras de marinos. Unos pechos que por grandes y manoseados tenían una gran obediencia a la ley de la gravedad.

Esperanseta me sonrió al pasar. Luego entreabrió la puerta y una mano asomó con una toalla. Esperanseta tuvo que soltar uno de sus pechos para alcanzarla, y le cayó, pesado, grande, sobre su carne envuelta en olor a perfume barato.

Cerró la puerta. Dio media vuelta a la llave y me besó en la cara, cerca de la boca. Luego se metió en la cama.

--Ché... quin fret fa.-- Y se tapó con la colcha. Una de esas colchas doradas, llena de moros a caballo que amenazaban con alfanjes a mujeres implorando con los brazos en alto.

--Ya... chiquet.

Yo ni siquiera me había quitado el tabardo. Ella me miraba y sonreía.

--Qué fas...? Vindran els avions i encara no habrem comen&at. ¡Va!

Hacía sólo unas horas que habíamos llegado de Segorbe, después de casi un mes de combates continuos. Lo recordé cuando estaba a punto de quitarme el pantalón, y pensé en mis rodillas sucias, en mis tobillos, en mi cuerpo todo. Ni siquiera había podido ducharme. Sentí una gran vergüenza. Saqué del bolsillo algún dinero, con toda seguridad más del acordado en el trato.

--Toma...

--Qué fas... cullons...¿

Salí a la calle por un pasillo estrecho. Enfrente de mí estaba el Mercado Central con sus puertas cerradas y una larga fila de mujeres de todas las edades, esperando la mañana para pelearse por unos cuantos pescados con sabor a cieno y algunos gramos de carne, seguramente de borrico.

...llovía, menudo. El agua fría se colgaba de nuestras pestañas. Detrás de nosotros quedaba Nules. Ni una sola casa en pie. Sólo columnas de humo y escombros. A nuestra derecha el mar y a nuestra izquierda los naranjos sin fruto, sólo alguna naranja seca, luchando por mantenerse en las ramas, y delante otro frente de batalla.

Cuando se hizo de noche, acampamos a los lados de la carretera. No pudimos encender ninguna hoguera por no dar pistas a la artillería enemiga. Nos limitamos a cubrirnos con las mantas húmedas.

Antes de hacerse de día, llegó el camión de los víveres. Nos repartieron unas latas de carne rusa y unos puñados de castañas. El pan se había deshecho con la lluvia. Aún así, algunos lo comieron. El furriel se acercó a mí.

--He visto a Esperanseta. Dice que te fuiste sin hacerle nada. ¿Qué te pasó...? Cuando le dije que era la primera vez que ibas a eso, se le pusieron los ojos así de grandes. Está loca preguntando por ti.

Pasaron varios días y tuve que ir de nuevo a Valencia. Había que aprender el manejo de un nuevo tipo de ametralladora importada de Checoslovaquia, y para aprender el manejo eran necesarios cuatro días.

El camión nos dejó a la entrada del cuartel. Una hora más tarde salí a la calle, limpio, feliz. Me había duchado y me había cambiado de ropa interior.

Llegué hasta el café Martí. No vi a nadie conocido. Bajé por la calle de las Barcas. Aún había escombros del último bombardeo. Pregunté a un hombre que estaba desatando un fardo de periódicos del transportín de una bicicleta.

Sí. Fue ayer por la tarde. Los barcos. El Grao como siempre ha sido el que "més a cobrat".

Recorrí varios cafés. Tenía que encontrar a Esperanseta. Esta vez iba preparado para ser hombre.

Llegué al callejón del Gato y entré en "Casa Pepet", una pequeña taberna en la que tenían pimientos fritos y vino bueno. En esa taberna paraba el furriel. Cuando entré aún no había llegado. Llegó más tarde, con dos mujeres, una de ellas desconocida para mí, la otra una vendedora de flores con los párpados rojizos a la que llamaban "dens de ferro" porque al abrir la boca enseñaba cinco dientes de acero inoxidable. Primero gritaron de júbilo, luego se pusieron serios.

--¿Sabes que ha muerto Crespo...? En el bombardeo de ayer... en el puerto.

Llegué al hospital de San Pablo. Un hombre de edad me acompañó hasta el depósito. Avanzábamos por un largo pasillo, iluminado por la luz que penetraba por unas ventanas estrechas, que había casi en el techo. Pregunté al hombre:

--¿Hay... muchos...?

Temía entrar al depósito y encontrarme mujeres o niños, tan distinto a los soldados muertos en combate.

El viejo me preguntó con voz chillona, desafinada:

--¿Cómo dice...?

--¿Que si hay muchos...?

--Sí... fill meu... muchos - y se cambió de lado para colocarse a mi derecha. -Del oído derecho oigo mal.

Buscamos en el silencio de aquella sala, fría. Allí estaba Crespo, al parecer sin ninguna herida. Como si durmiera. Sólo un pequeño agujero de metralla en la nuca, mortal. Tenía el pantalón arrollado hasta cerca de las rodillas, descalzo. Me impresionaron las ligas de goma roja que rodeaban sus tobillos. Las había cortado delante de mí, hacía muy poco tiempo, mientras me decía: "Tienes que aprender a conducir y enchufarte. ¿Ves yo? En la retaguardia... Tengo dos niños y no puedo andar con leches..."

El sordo echó una manta por encima de Crespo. Salimos. Al final del pasillo le di cincuenta pesetas. Me dio las gracias con su voz chillona, desafinada. Luego dijo:

--Es el destino... fill meu... El destino.

A mí me parecía una burla del destino al recordar la frase de Crespo: "Tengo dos niños y no puedo andar con leches...".

Durante el tiempo que estuvo en el frente fue uno de mis mejores amigos. Yo mismo le anime a que solicitara su ingreso como chófer del teniente pagador. Y ahora...

Volví a las trincheras. Sentado en la parte trasera del camión, con mi mano apretada en el cañón de la nueva ametralladora. Pensé en Crespo y pensé en Esperanseta. él había dejado dos niños; ella un hombre sin hacer, y sentí un escalofrío en mi cuerpo limpio.

Tampoco esta vez pude darle la oportunidad de hacerme hombre entre sus robustos brazos. La muerte de mi amigo Crespo mató también mis deseos sexuales. El instante que tanto había deseado murió dentro de mí, y la cama de Esperanseta la imaginé tan fría como la dura piedra donde quedó Crespo.

Benito el tonto

Tenía las manos vacías de tanto dar: los ojos secos de llorar a los que me dejaron. Grité con todas mis fuerzas: "!No quiero estar solo; quiero tener un amigo!" Cuando desperté, vi a mi perro que dormía junto a mí.

¡Nunca! Nadie le había querido dar un perro. Se lo había pedido a la dueña del almacén de piensos, y a Tino el de la vaquería, y a todos los que tenían perras que parían. Nadie le había querido dar un perro, porque Benito era tonto; pero él tenía uno atado al extremo de una cuerda: un perro que nadie le había dado, que nadie podía ver: un perro que sólo estaba en su mente. Se lo inventó una noche que tuvo miedo de la tormenta. Buscó una cuerda, hizo un nudo alrededor de nada y le puso un nombre: "pan", porque el pan que le daban era bueno, y bueno tenía que ser su perro.

Lo llevaba a todas partes, a la orilla del río para que se tumbara a la sombra de los juncos, a la puerta de la taberna y a la iglesia.

Por las noches, cuando se acostaba en el jergón de paja que le servía de lecho, ataba fuerte la cuerda a su brazo, para que no se le escapara mientras dormía, y en Semana Santa lo llevaba a ver a Dios azotado por los judíos.

Arrastraba el cordel por calles y plazas, y de vez en vez se detenía para que "pan" pudiera oler un árbol y alzar la pata después.

Cuando los chicos del pueblo le veían venir arrastrando la cuerda, se agachaban a cojer piedras y Benito corría perseguido por los muchachos hasta que la fatiga le vencía; entonces, se sentaba jadeante, con la boca abierta, respirando como un pez en la cesta de un pescador, vigilando

a través de sus ojillos pitañosos el fondo de la calle donde se habían quedado las risas y los gritos de los chicos del pueblo. Después, miraba al otro extremo de la cuerda y sonreía pasando su mano por el aire, acariciando al perro que sólo estaba en su mente, y sentía en su mano el calor de su perro y el contacto de su pelo suave.

Una mañana, Benito cruzaba la calle. El cordel se arrastraba por el suelo caliente de agosto. Benito ya estaba al otro lado de la calle, pero la cuerda aún no. Pasó un coche, Benito miró hacia atrás y después de un grito comenzó a gemir.

Con sus manos temblorosas, recogió aquel puñado de nada, y apretándolo contra su pecho se sentó junto a la pared a llorar la muerte de su perro. De aquel perro que sólo había vivido en su imaginación.

Benito murió unos años más tarde, con el trozo de cordel apretado en su mano. El pequeño cementerio del pueblo donde descansa tiene una puerta de hierro, y junto a la puerta es muy frecuente ver algún perro vagabundo asomándose a través de los barrotes, con esa mirada de ternura que sólo los perros tienen.

Todo se hizo silencio

¡Qué ignorantes somos los hombres, mi Dios! Pedimos amor y fidelidad al ser amado, amistad a los que nos rodean y obediencia a los hijos. Sólo cuando nada de esto hemos conseguido, nos acordamos de Ti, porque sabemos que puedes dar consuelo y remedio a la desesperación que nos invade. ¡Qué ignorantes somos los hombres, y qué bueno eres Tú que nos perdonas sabiendo que con nuestra ignorancia nos olvidamos de Ti!

La habitación se estaba volviendo fría. Las palabras de la gente se habían hecho murmullo en aquella alcoba donde una luz tenue, apenas alcanzaba a iluminar el Cristo de bronce viejo que había a la cabecera de la cama. En la habitación, sombras en la sombra, las mujeres de ropaje negro y pañuelo negro a la cabeza, rezaban el rosario. Hacía cincuenta años, en aquella misma habitación se había celebrado con risas el nacimiento del que ahora moría. Desde entonces habían pasado muchas cosas. Las repasó con los ojos turbios. Se proyectaron en la penumbra con el fondo musical del rezo distraido de las enlutadas: luto de compromiso en unas y de dolor en otras. El rosario había comenzado después de las breves palabras del doctor:

--No hay nada que hacer.

--Dios te salve María llena eres de gracia...

--Santa María madre de Dios ruega por nosotros...

Y el corazón y los pulsos débiles traían a la mente del enfermo el recuerdo de una vida llena de complicaciones. Quería recordarlo todo de prisa, porque sus sentidos se iban aflojando por instantes, y su paso por la vida había sido amplio en sufrimientos, en alegrías, en desengaños. !Le quedaba tan poco de vida! ¡Y tantas cosas que recordar! Era como abarcar en un solo puñado la arena de todos los desiertos. El rezo se le iba alejando. Trató de sonreír cuando su recuerdo pasó por sus años de niño. Estaba en aquel lejano otoño, cuando la mula del cura se espantó, y el cura fue a parar al arroyo. Se había reído a carcajadas, porque el cura era un tipo antipático, que tapaba los brazos y el escote de las mozas y mataba los besos en los zaguanes; vigilaba la conducta de los muchachos y hacía que las madres llevaran sus hijos a la doctrina haciéndoles perder horas de juego. Ahora era otro cura el que se acercaba, despacio, como no queriendo interrumpir el rum rum de las beatas.

El enfermo sintió cerca al cura por el fuerte olor que despedía, a añejo, a cera, a incienso. El cura se acercó. El enfermo le miró turbio, sin rencor, pero molesto. El cura venía a robarle los últimos minutos de vida: los quería para conseguir el arrepentimiento. Esos minutos que él necesitaba para llenarlos de recuerdos. Tenía ahora la imagen clara de su madre aún joven, y

pensaba que si había otra vida, ella le estaría esperando con la misma ropa que se fue, peinada igual que en el último beso. Y aquel cura de manos blancas y rojos carrillos pretendía arreglarle su futuro de muerto. ¿Y qué le importaba ya su futuro? Tenía que arrepentirse de todo lo malo que había hecho... Tenía que perdonar a sus amigos y entre ellos estaba el hombre que llevó la muerte a su madre. Odiaba a su padre y no quería perdonarlo ni podía borrarlo de su niñez. Ahora los recuerdos le venían fuertes a su memoria débil. Le recordó con su silueta de gigante tambaleándose en el quicio de la puerta,

mientras él escondía su temor apretándose fuerte contra su madre. Después aquellos dedos duros como tenazas, lanzándole lejos, los insultos, las blasfemias, los golpes y después el llanto de su madre ahogado por el roncar de aquél que había escuchado de boca de un cura: "Esposa te doy y no sierva".

Y ahora, un cura, como aquél que había dicho: "Esposa te doy y no sierva", le hablaba de la necesidad de morir a bien con Dios. Para ello bastaba con el arrepentimiento. Y cerró la boca. Las palabras del cura sonaron por encima de los rezos. Los rezos sonaron por encima del silencio del enfermo. Minutos más tarde, todo se hizo silencio, todo se volvió oscuro, todo se volvió frío.

Matar a un muerto

Todas las cosas son ciertas. Que no hayan sucedido no quiere decir que no puedan suceder.

Antes de abandonar la casa, me aseguré de que nadie transitaba por ninguna de las aceras; luego, adopté un aire de normalidad y anduve "durante veinte minutos. Llegué a la calle de Santa Ana y entré en un pequeño bar. Faltaban unos minutos para las dos, y el camarero, que amontonaba las sillas, me miró con fastidio. Mi llegada a esas horas suponía retrasar su salida, y para confirmarlo, bajó el cierre metálico hasta la mitad.

En otras circunstancias, ni siquiera hubiera entrado; pero acababa de matar a una mujer y tenía seca la garganta. No tenía ningún remordimiento: por el contrario, estaba satisfecho de mi crimen y tenía ganas de gritarlo a los cuatro vientos.

El camarero, que había cambiado ya su chaquetilla blanca por la de calle, me sirvió una copa de coñac y un vaso grande de soda. Lo bebí de prisa. Dejé sobre el mostrador dinero por encima de lo que supuse valdría la consumición y el camarero cambió de actitud; me acompañó hasta la puerta y diciéndome que tuviera cuidado con la cabeza al salir, me despidió con una sonrisa. Al pasar mi cuello por debajo del cierre sentí la impresión de que era la guillotina.

Fui contando mi crimen. Se lo conté a un gato que husmeaba en un cubo de basura, a una mujer que arrancaba los papeles de los anuncios murales, a la cuadrilla de obreros que reparaban el raíl del tranvía, a las luces, a los árboles dormidos, a las baldosas de las aceras. Lo conté sin hablar, pensándolo, sin decirlo, con una sonrisa.

Había meditado sobre si debía o no decírselo a la policía y me pareció más divertido dejar que fueran ellos quienes lo averiguasen, y lo encontré mucho más divertido, cuando me di cuenta que ni me preocupaba que lo averiguaran. Lo seguiría día a día en el periódico, y si la policía llegaba a descubrirme, negaría mi culpabilidad. Me parecía muy interesante la celebración de un juicio. Imaginaba al fiscal acusándome y a mi abogado defensor tratando de demostrar mi inocencia con frases conmovedoras. Fiscal y defensor citando artículos redactados en términos extraños, adornándolos con imágenes de crímenes antiguos y ejemplos de delincuentes famosos. Mi fisonomía y rasgos de hombre perverso, vistos por el fiscal, y mis facciones de hombre bueno, señaladas por mi defensor. Los ademanes de los dos, el murmullo de los asistentes... !Sí, sería muy divertido! Luego, el Juez diciendo: "!Listo para sentencia!"

Dijo, Dios en el quinto Mandamiento: "No matarás", y debió referirse a los hombres, a los niños, a las mujeres. Se puede matar una oveja que vive para pastar, que no destruye, pero no se

puede matar a una mujer, aunque destruya, aunque sea cínica, cruel, sucia, puta, embustera. Aunque su lengua esté envenenada, aunque mate la moral y los sentimientos de un hombre. Basta conque el hombre esté vivo, para que la Justicia la declare inocente. ¡Cómo si la vida sólo fueran sus manos, su cara, sus piernas! ¿Y qué es la dignidad? ¿Y qué son los sentimientos? ¡Y el respeto? ¿Y la risa? ¡Esto es la vida de un hombre! El cuerpo es solamente el envoltorio físico que encierra dentro la vida. Y en la vida de ella, no habían sentimientos, ni risa, ni dignidad, ni respeto... ¿Qué fue, entonces, lo que maté? ¡Una muerta! ¡Sí! Una muerta que utilizó su cuerpo para destruir mi felicidad y con ello mi vida.

Ahora, estamos en paz. Y si la Justicia quiere matarme por mi crimen, no podrá hacerlo, porque si no tengo dignidad, ni risa, ni sentimientos, no tengo vida.

Hace dos años, cuando ella lo mató todo en mí, fui a denunciar su crimen, y el Comisario no me creyó. Me escuchó primero con curiosidad, después compadecido; pero no me creyó aunque le grité una y otra vez que yo estaba muerto, que había sido ella quien me había matado y me dejó llorar, sentado en aquel sillón de respaldo sucio, mientras me daba palmadas cariñosas en la espalda. Luego vino un hombre simpático que hablaba mucho y me daba la razón a todo, y hasta llegó a creer que yo estaba muerto y me llevó a una casa grande, donde me mezclaron con hombres que hablaban solos y tenían el labio inferior abrasado de baba, y daban gritos y lloraban sentados.

Ayer me dejaron salir, y la busqué, y he matado lo único que le quedaba, su cuerpo. Lo demás en ella, hacía, hacía mucho tiempo que había muerto. Y los hombres son tan ignorantes, que me condenarán por este crimen que he cometido en el cuerpo de una mujer muerta.

El primer hijo

Mientras dormía, alguien estuvo revolviendo dentro de mí. Lo noté al despertar. Me faltaba un pedacito de cada sentido. Instantes después nacías tú.

No sé dónde ni cuándo ocurrió, ni siquiera sé si es o no verdad. Puede que alguien me lo contara, o tal vez lo leí en la sección de sucesos de algún periódico. Recuerdo solamente que el protagonista era un hombre vulgar, uno de esos hombres que están hechos como con un molde, de los que vemos en lugares distantes y distintos. Su nombre no viene al caso, tampoco su apellido. En la gente vulgar, también su nombre es vulgar. Sé que trabajaba en una agencia de publicidad, no como persona de ideas originales, sino como simple auxiliar de caja. Persona de toda confianza para sus jefes. De conducta intachable, honrado, puntual, constante en el trabajo. Lo que se llamaba un empleado modelo. Catorce años de casado y fiel a su matrimonio como a su empleo. Del trabajo a casa, de casa al trabajo.

Faltaba el hijo. Ese hijo que no había querido venir. Ese hijo que esperaba sin reproches, con el deseo hecho silencio. Y el hijo, puede que en premio a la resignación, anunció su llegada en un embarazo inesperado.

él, el hombre insignificante, vivía el embarazo de la esposa sin querer convencerse de que fuera cierto, aunque el médico se lo había afirmado.

Sus trabajos de auxiliar de caja los realizaba ahora con más actividad, como si al llegar aquel hijo, su vida se hiciera más larga. Los compañeros de oficina le gastaban bromas que él eludía con una sonrisa y un rubor de niño grande. Y llegó el día señalado, un miércoles dieciséis de julio, a las cuatro de la tarde, en esa hora absurda en que el sol cegaba a los pocos transeúntes que por obligación tenían que dejar sus huellas en el asfalto blando de la calle.

Cinco minutos después del parto, traído a la oficina a través del teléfono, el Jefe le daba unas palmadas cariñosas en la espalda y le prestaba uno de sus coches.

--Tome, ésta es la llave de la puerta y ésta la del contacto. El depósito de gasolina está lleno.

Y el feliz padre, subió al coche, nervioso, y bajó por la Avenida del Triunfo, como antes lo hicieran los soldados de un ejército victorioso, y se sentía un héroe que había convertido una esposa

yerma en una madre feliz. Se había apoderado de él algo así como un ataque agudo de daltonismo. Le eran iguales todos los colores de los semáforos: el verde, el rojo, el amarillo. Por suerte, la gente que cruzaba las calles en aquella hora caliente de la tarde era muy escasa. Sentía ganas de gritar por las ventanillas del coche: ¡Tengo un hijo!

Una mujer alta, empujando un cochecito de niño, comenzó a cruzar la calle. Pensó que también él tendría que comprar uno igual, o tal vez no hiciera falta; entre todos los compañeros de la oficina se lo regalarían. La mujer que empujaba el cochecito llegó a la mitad de la calle. Se dio cuenta tarde, cuando el cochecito saltaba hecho añicos. Oyó el grito de la mujer: "!Mi hijo!".

Acababa de matar a un niño, veinte minutos más tarde de que su mujer diera vida a otro. Miró a través de la ventanilla trasera del coche y vio el grupo de gente que ya rodeaba a la mujer. Aminoró la marcha con intención de volver atrás y hacer frente a su asesinato; pero pensó en su hijo, en aquel hijo que no conocía aún, y se alejó del lugar del crimen. Primero vería a su hijo, después se entregaría.

Ya cerca de su casa detuvo el coche, porque imaginó que ya la policía estaría movilizada. No le darían oportunidad ni de besar a su hijo. Tal vez le habían seguido y no tardarían ni dos minutos en detenerle. Puso de nuevo el coche en marcha y se alejó. Después de recorrer varias calles, abandonó el coche y comenzó a andar, despacio, pensando a cada paso en aquel niño que había esperado durante catorce años, y entre él y este hijo se interponía su crimen. Aún sonaba en sus oídos el grito de la mujer, fuerte, desgarrador, y la imagen del cochecito hecho añicos estaba latente en él.

Le inquietaban los pasos de los transeúntes, y cuando se hizo de noche, las sombras, y perdió el valor y le abandonaron las fuerzas. Ocultándose en la oscuridad, saltando de rincón en rincón, logró llegar hasta muy cerca de su casa. Miró y no vio señal alguna de que nadie le esperara. Recordó que era un asesino y tuvo miedo de salir del rincón oscuro donde se ocultaba. Escuchó la voz de dos hombres que hablaban fuerte, y tuvo que ponerse las manos en las sienes para detener el fuerte latido que le producía el miedo.

Pasaron varias horas. Al hacerse de día salió de su escondite y llegó a su casa. En la puerta le esperaba la policía.

--Le hemos buscado durante toda la noche.

--¿Puedo ver a mi hijo?

Fue todo cuanto se le ocurrió preguntar.

El hombre vulgar, el padre feliz, no era ningún asesino. La policía le había buscado durante toda la noche porque era extraño que habiendo salido de la oficina a las cuatro y veinte de la tarde no hubiera llegado a su casa a las once de la noche. Y no era un asesino porque la mujer que empujaba el cochecito era una pobre loca que paseaba un muñeco de trapo convencida de que era un hijo suyo. Un hijo que nunca tuvo porque la locura se lo impidió.

Okelo

Encerrado en una oscura noche de cuarenta años, yo fui coleccionista de bostezos.

Me llamo Okelo. Ya hace tiempo que he dejado de navegar. Los hijos de los pescadores corretean por encima de mi carcomida cubierta y aturden mi oscura y abandonada bodega con sus gritos. Duermo siempre del mismo lado, echado a estribor. Y en esta incómoda postura, permanezco en la playa, día tras día, noche tras noche, escuchando el crujir de mi costillaje que la lluvia y el sol van devorando incesantemente, soñando con viejas canciones marineras y recordando mis proezas en las noches que el mar se enfurecía. Aún conservo en las entrañas de mi destrozado casco, sabor a yodo y a sal.

Recuerdo la primera vez que me hice a la mar. Mi quilla valiente y nueva hundiéndose en las aguas azules una y otra vez, y mi nombre recién estrenado, Okelo, volvió triunfante con su carga de pescado fresco en el que la luna ponía reflejos de plata.

Durante años, mientras los pescadores tendían sus redes, yo, con mi quilla sumergida, gocé del bello colorido de las gorgonias, del coral, de las madréporas y hasta fui amigo de algún pececillo que escapado de las redes fue a ocultarse debajo de mí. Pero todo esto ya no son más que recuerdos: ahora agonizo sobre la arena. Sólo cuando el oleaje del invierno no llega hasta mi lecho de paralítico, me parece que de nuevo me hago a la mar.

Un día caluroso, la playa se llenó de gritos. Varios hombres dejaron una barca junto a mí. Tenía su nombre escrito en color malva sobre su blanca proa: "María Ángela".

Pasaron seis días antes de que "María Ángela" se hiciera a la mar. Durante esos seis días, le hablé de la belleza de la mar en calma y le advertí de los peligros de la mar enfurecida. Le recité viejas canciones y le relaté anécdotas que conservaba en mi memoria.

Por fin, "María Ángela" se hizo una noche a la mar. Los hombres la empujaron con sus pies descalzos hasta el gigantesco espejo en el que las estrellas reflejaban su coquetería. "María Ángela" volvió con su pequeña carga de pescado fresco. Ni que decir tiene que le di mi felicitación. Luego, durante muchas noches, siguió bañando su nombre que ya tenía gusto a sal. De día, mientras secaba sus velas al sol, hablábamos de muchas cosas.

Yo era feliz con la compañía de "María Ángela"; pero empezaba a tomarle cariño y esto no era bueno, porque cada noche, mientras ella estaba en alta mar, yo esperaba su regreso con angustia, y si en el cielo había amenaza de tormenta, era mayor mi sufrimiento y pedía a la Virgen del Carmen que "María Ángela" volviera. Y si estallaba una tormenta y "María Ángela" no había regresado aún, yo maldecía mi impotencia y mi situación de desvalido, incapaz de salir en su socorro.

Al caer la tarde, luego de sestear las horas calurosas y mientras esperábamos la llegada de los pescadores, "María Ángela" me hacía docenas de preguntas:

--¿Y por qué brilla la Luna?

...¿Y por qué a Venus le llaman Venus?

...¿Y quién sujeta las estrellas allá arriba?

...¿Y por qué?

Un día, cuando ya los pescadores se hubieron ido, "María Ángela" me preguntó:

--¿Qué hay detrás del horizonte?

Me preocupó su curiosidad.

--Pues detrás del horizonte hay... está... la otra orilla... Una playa como ésta.

--¿Tú la has visto?

--No. Sólo los grandes barcos pueden hacerlo, y algunos se han hundido antes de llegar.

Su curiosidad aumentó de día en día.

...¿Y es bonita la otra orilla? He oído hablar de palmeras gigantes flores de bellos colores y pájaros de plumaje con el arco iris. ¿Está muy lejos?

--Sí.

Y le conté a grandes rasgos las proezas de Colón, Pizarro, Cortés, Balboa, Valdivia... Y le hice saber de los peligros que acompañaron a estos navegantes.

Durante algunos meses, "María Ángela" no volvió a preguntarme nada.

Una noche, antes de que llegaran los pescadores, "María Ángela", que había estrenado velas, aprovechó la marea alta, soltó sus amarras y se hizo a la mar. De nada sirvieron mis consejos. Adornó su quilla con encaje de espuma y caracolas y se alejó mar adentro a satisfacer su curiosidad. Cuando le advertí del peligro que corría, me gritó en tono cariñoso:

--¡Calla, viejo gruñón!

Y la vi alejarse mar adentro, con rumbo al horizonte rojizo del atardecer.

Aquella noche descargó una fuerte tormenta. Los pescadores, advertidos de su experiencia, ni siquiera habían venido a la playa.

Dos días duró la búsqueda de "María Ángela".

El mismo mar que la mató, la devolvió muerta a la playa. Arrastrada por la tormenta chocó una y otra vez contra los arrecifes. Se hizo una tremenda herida en su quilla joven y por ahí le entró la muerte.

Ahora, "María Ángela" está junto a mí. Deshecha su vela inmaculada, es sólo un pequeño montón de madera vomitada por el mismo mar que la devoró.

Yo vuelvo a estar solo, con el crujir de mi costillaje y mi oscura bodega llena de gritos. En la misma incómoda postura. Siempre del mismo lado. Echado a estribor.

La gota de lluvia

...y le coronaron de espinas.

Esto no, esto tampoco, ni esto; y cuando vas a gritar: ¡ahora sí!; ya es demasiado tarde.

Cuentan que una gota de lluvia escapó de una tormenta y libre ya de su negra prisión, empujada por el viento, fue a parar a una rosa solitaria.

Dicen que allí permaneció algún tiempo, dando frescor a la rosa durante el día y gozando de su aroma y su belleza durante la noche.

Creen que una alimaña mordió el tallo de la rosa. Luego, la rosa se fue debilitando y se agachó hasta casi tocar el suelo.

La gota de lluvia resbaló y murió en las espinas de la rosa.

Ya en el suelo, docenas de hormigas la bebieron.

Andrea

Las ovejas eran dos
una blanca y otra negra,
la niña que las cuidaba
ahora es pastora de estrellas

(canción infantil)

Su rebaño era muy pequeño. Total: una pareja de cabras.

La blanca era la más joven, la negra la más vieja. La blanca se llamaba "Campanilla". La negra se llamaba "Lluvia". "Campanilla" era muy alegre. "Lluvia" no, porque había nacido en un día tormentoso.

La pastorcilla se llamaba Andrea.

El sol se asomaba despacio, rojo de cobre. Apartaba la niebla de la mañana como todos los días, en ese afán inútil de curiosear en la noche que le huye desde la creación.

Andrea salía de la pequeña casa de adobes con su cuádriga de cabras amarradas con las invisibles riendas de la obediencia. En el camino, Andrea reñía a los gorriones, saludaba a las cigarras que abrazadas a los troncos de las acacias bebían el rocío de la noche, y saludaba a la cigüeña que volaba por encima de ella, buscando el alimento para sus crías.

La cigüeña se marchaba todos los años y volvía en el verano. Andrea hubiera querido colgarse de las patas de la cigüeña y asomarse al otro lado del monte para ver los barcos, los

soldados y los trenes. Felipe, el hijo del herrero, había estado dos veces al otro lado del monte y tenía un libro con dibujos de leones y jirafas y otro con estampas de San José, de la Virgen María y el niño Dios. Andrea también tenía un trozo de periódico que se encontró una tarde al volver a casa, pero no tenía jirafas, ni leones, ni San José, ni la Virgen María, ni el niño Dios: tenía una foto de una bailarina.

Andrea también quería ser bailarina, pero no podía, porque hubiera tenido que dejar solas a "Lluvia" y a "Campanilla" y porque era cojita y siendo cojita no podía ser bailarina. Se lo había dicho Felipe, el hijo del herrero.

Cuando Andrea se sentaba a la sombra de alguna encina, estiraba el trozo de periódico, miraba la foto de la bailarina y reñía a "Campanilla".

"Campanilla" se había metido una vez en unos zarzales, Andrea la había querido librar de ellos, resbaló y cayó al otro lado de la paridera de piedra. Su pierna endeble se quebró por la rodilla y el médico del pueblo le pegó mal el hueso. Decía él, el médico del pueblo, que Andrea estaba falta de calcio. Braulio, el carrero, le había hecho una muleta de la rama de un fresno y con ella se manejaba. Al principio mal, ahora mejor.

Una mañana fría del mes de octubre, Andrea encontró un intruso en la huerta del tío Cosme. Vestía traje de etiqueta, chistera, chaquet y guantes blancos. En una mano sostenía una lata llena de piedras que se agitaba con el viento. Los gorriones curioseaban asustados desde las acacias que daban cerco a la huerta del tío Cosme. Andrea se acercó. El intruso tenía la cabeza de paja, Andrea le dio los buenos días y le bautizó con el nombre de "Cara de Paja".

Todos los días, Andrea se detenía unos instantes al pasar por delante de "Cara de Paja" y le colocaba los faldones que el viento de la noche había desordenado. Luego, Andrea, preguntaba a "Cara de Paja" cómo eran las ciudades y la gente, y repetía mil veces sus deseos de conocer todas las cosas bonitas que conocía Felipe, el hijo del herrero. Pero "Cara de Paja" le explicaba que detrás de los verdes cerros estaban la envidia, los celos, el hambre, la gloria, el fracaso y el odio, porque cuando él aún no era de paja vivió en ese mundo absurdo y duro de la ciudad.

Una tarde, al regreso de su pastoreo, Andrea vio salir humo de la huerta del tío Cosme. "Cara de Paja" estaba ardiendo. Corrió hacia él. Su débil pierna falló al saltar el arroyo y Andrea cayó al agua. Ni se entretuvo en buscar su muleta. Corrió de nuevo. Arrancó un puñado de largas hierbas con sus pequeñas manos sin sentir las punzantes espinas de los cardos que iban mezclados con la hierba. Pero no pudo hacer nada y "Cara de Paja" quedó convertido en un pequeño montón de cenizas.

Al día siguiente, Andrea no pudo salir con "Lluvia" y "Campanilla". El médico le dio unos jarabes y unas pastillas. Al llegar la noche ardía su frente y sudaba frío. Fuera, la noche era clara.

En el cristal de la ventana sonaron unos golpecitos. "Cara de Paja" estaba fuera, sonriente. Andrea le miró. Su mirada era débil. También Andrea sonreía.

Cuando amaneció, nadie sabía donde estaba Andrea. Los gorriones, asomados al alero de la pequeña casa de adobes, preguntaron a las cabras. "Lluvia" y "Campanilla" no sabían nada. Los gorriones fueron después al campanario, a preguntarle a la cigüeña, que tampoco sabía nada. Sólo un pequeño jilguero que tenía su nido en un álamo junto al arroyo sabía la verdad, pero nada les dijo a los gorriones, porque a menudo le robaban los granos de trigo, ni tampoco se lo dijo a los hombres, que siempre querían meterlo en una jaula. A nadie se lo dijo.

Cuando las gentes de la aldea que buscaban a la niña llegaron a la huerta del tío Cosme, se quedaron boquiabiertos. En el lugar donde antes estuviera el espantapájaros, clavada en la tierra húmeda de la huerta, estaba la muleta de Andrea, y en el suelo, junto a la muleta, el periódico viejo con la fotografía de la bailarina, que ahora tenía la cara de Andrea, sonriente, feliz.

Un golpe de viento levantó del suelo el trozo de periódico y la bailarina comenzó a elevarse dando vueltas y más vueltas a los compases del trinar de los jilgueros y las alondras. Los aldeanos vieron cómo el viento la empujaba por encima de la loma, hacia el otro lado. Desde el campanario

de la iglesia, la cigüeña agitó sus alas en un adiós de blancas plumas, mientras "Lluvia" y "Campanilla", que habían dejado de rumiar, miraban lejos, al otro lado del monte.

El establo

Son infinitamente más horribles las cosas que nos pueden ocurrir que las que nos ocurren.

Llevaba en sus brazos un apretado haz de leña que sujetaba con la barbilla, llevaba en sus ojos la imagen reciente de un campo apretado de espigas, promesa de un futuro invierno sin privaciones. Abrió el portón de una patada. Dentro del establo, una mujer se puso en pie violentamente y una sombra se ocultó tras el heno empacado. Ella, la mujer, ordenó sus ropas, sacudió las pequeñas pajas que habían en su falda y saludó al hombre con voz turbada mientras arreglaba su pelo despeinado.

El hombre no contestó. Dejó caer la leña ruidosamente y salió cerrando el portón con otra patada. La sombra salió de su escondite y se hizo abrazo nuevamente en la mujer.

Fue un estampido seco que salió de una llamarada iluminando el establo. Dos sombras fueron proyectadas en la pared por el fogonazo. Las dos con los brazos abiertos y las manos crispadas en un esfuerzo inútil de aferrarse a la vida que se les escapaba.

Cuando la Guardia civil abrió el portón, los gallos, despavoridos, perdieron puñados de plumas en su aleteo. Ella, como la vez anterior, estaba tendida sobre la paja; pero esta vez no se movió. Su pelo quedó revuelto, la blusa desabrochada, la mirada fija en las vigas carcomidas del techo y los pechos fríos, desnudos, carentes de pudor. A su lado, inmóvil, un hombre, con las caricias ya frías en sus dedos muertos.

La leña estaba esparcida por el suelo, y los brazos que la habían transportado abatidos sobre el labriego, ya viudo. En el hogar, sobre la chimenea aún humeante, marcada en la cal de la pared, estaba la silueta de la escopeta de caza.

Tongo

La muerte, contra todo lo que se haya podido decir, es sólo un accidente; lo malo es que es un accidente mortal.

La Carpa estaba instalada en las afueras polvorientas de aquella capital de provincia. Habían venido en vehículos de colores vivos ya comidos por el sol de las tournees. Fuera de la Carpa, los puestos humeantes de churros y los gritos mezclándose con el olor a orín del zoo donde unos leones famélicos miraban con cara de aburridos a los visitantes, y unos chimpancés se abrazaban en un rincón, huyendo de la constante pedrea de cacahuetes que les lanzaban los provincianos en su afán de conseguir alguna gracia de ellos.

Dentro, la gente se apretaba en los bancos de madera, en mangas de camisa para sobrellevar el calor mal oliente de aquella tarde de verano, pegajosa. Delante de mí, un hombre gordo, adiposo, con un cartucho de palomitas de maíz, las volcaba a puñados en su boca para rumiarlas después. El gordo miraba a todas partes con aire de superioridad, como el que está de vuelta de todo. La gente, apretada, permanecía en silencio cuando los trapecistas se disponían a iniciar su trabajo, y el silencio emocionado de los espectadores sólo era turbado por el rumiar del gordo, con cara de niño. Todo tenía un orden, el anuncio del jefe de pista, el redoble de los tambores, el silencio de los espectadores, la pirueta en el aire, el suspiro hondo de tranquilidad después del arriesgado vuelo de los trapecistas, y los aplausos mordidos por el acorde final de la orquesta tras el "!hop!" de los acróbatas.

Los elefantes se resistían a hacer su obligado trabajo, pero fueron convencidos por el sonido crudo del látigo que golpeaba el aire con su extremo deshilachado. En los ojos de los elefantes, contrastando con su corpulencia, había la misma ternura que en los ojos de los niños de los horfanatos. Se sintieron aliviados cuando sonaron los aplausos de los espectadores. He pensado muchas veces que los elefantes son reacios a las órdenes de su domador porque en su fuero interno deben sentirse ridículos, empleando su corpulencia en unos ejercicios tan estúpidos. Son como gladiadores romanos subiéndose en un taburete. El gordo me miraba con su cara de niño y miraba a la gente con una mezcla de superioridad y conmiseración. Sus manos no se unieron a los aplausos de los demás, sacó otro puñado de maíz y sé lo echó en la boca, sin dejar de sonreír.

Después de los elefantes, el alambre de los funambulistas cruzó la pista sujeto por los tensores que probaron los mozos de pista y comprobaron el hombre y la mujer que iban a utilizarlos en su arriesgado ejercicio; mientras tanto, los payasos anónimos cumplieron su misión de cubrir el espacio de número a número, jugando con el público que les devolvía la pelota grande de gajos de colores chillones. Después...

...el Funambulista cruzó la pista de lado a lado en difícil equilibrio sobre el alambre, que estaba situado a bastante altura. La gente aplaudió, el gordo adiposo, no. Comía, mejor dicho, rumiaba. Yo también aplaudí hasta que me encontré con la sonrisa del gordo que frenó mi aplauso. El mozo de pista se acercó al micrófono.

--Ahora, el gran Gilberto hará un ejercicio único en la historia del funambulismo. Por favor, señores, rogamos guarden silencio y presten atención a tan importante ejercicio.

Trrrrrrooooonnnnnn.

El gran Gilberto, los brazos extendidos, colocó su pie derecho sobre el alambre, su "partenaire" le entregó una silla y el gran Gilberto comenzó a caminar a lo largo del alambre sujetando la silla en una de sus manos. Despacio, bamboleándose, se fue acercando al centro del alambre. En el público reinaba un silencio interrumpido únicamente por el ruido lejano de algún cohete de feria, que explotaba fuera del circo. El tambor dejó de sonar. El público, doblando su cuello, seguía con atención los pasos del funambulista. El gordo miraba a la gente y sonreía con su cara de niño, ya había terminado de comer maíz y se limpió la sonrisa con el dorso de la mano. El funambulista llegó al centro de la pista, sobre el alambre. De nuevo la voz del locutor se dejó oír:

--¡Ahora, el gran Gilberto va a intentar un ejercicio único en el mundo: colocará la silla sobre el alambre, dará un salto mortal hacia atrás para caer sentado sobre la silla!

Trrrrrrooooonnnnnn.

El gran Gilberto colocó la silla descansando una de sus patas en el alambre tenso. él se colocó detrás de la silla. El tambor dejó de redoblar. Apoyó un pie sobre el alambre y guardó el equilibrio con una de sus manos apoyada en la silla y la otra extendida. Miré al gordo que, sin dejar de sonreír, miraba a su vez hacia arriba, hacia el gran Gilberto.

Volvió a redoblar el tambor, que sonó más fuerte en el silencio de cientos de gargantas con la respiración contenida. El gran Gilberto tomó impulso y saltó en un salto mortal perfecto, las manos apretadas en las rodillas. Algunas gentes dejaron de mirar. Cayó sobre la silla, pero ésta se ladeó y el funambulista perdió el equilibrio, tratando en un esfuerzo inútil de sujetarse al alambre. Sus manos resbalaron y su cuerpo cayó, pesado, en el suelo arenoso de la pista. Los cientos de gargantas lanzaron un solo grito, unánime, que salió a la feria por el embudo gigante de la lona. Algunos niños lloraron mezclando sus llantos de susto con los gritos de las mujeres. El gran Gilberto estaba tendido en el suelo, inmóvil, grotesco.

El jefe y los mozos de pista corrieron hacia él. El gordo me miró con cara sonriente, luego se acercó y me susurró:

--Es tongo... Está todo preparado. Lo hacen para emocionar a la gente, pero es tongo.

Alrededor del infortunado funambulista se formó un desordenado grupo de empleados que ayudados por el jefe de pista se llevaron al gran Gilberto. Luego, el jefe de pista solicitó la presencia de un médico. El gordo me miraba y sonreía.

--Tongo... Es tongo...

--Yo he visto sangre.

--Tongo, llevan una vejiga en la boca y al caer la aprietan con los dientes... Está todo preparado.

A la solicitud de un médico, bajaron dos hombres de entre los espectadores.

--¿Y los médicos?

--Preparados... Son del circo... Todo está preparado... Tongo...

Terminó la función. La gente fué desfilando con la imagen del accidente grabada en su curiosidad. El gordo salió detrás de mí, sin dejar de sonreír.

--Tongo, tongo...

Dos días después, bajo la lona del circo y con los rugidos de las fieras como marco sonoro de aquel acto, se celebraban los funerales por el gran Gilberto. Los payasos de cara lavada y ojos enrojecidos tenían el gesto obligado del drama, y los músculos del domador descansaban en la tristeza. Mina, la "partenaire" del artista muerto, lloraba con la preocupación de haberse quebrado su costumbre diaria y la pena de haber perdido a su compañero.

Los rezos del cura chocaban con los bancos vacíos y las lonas mordidas de sol y lluvia.

No quise seguir allí, quizá pensando que de un momento a otro aparecería detrás de mí el rostro barbilampiño del gordo adiposo para decirme con su cara de enterado:

--Tongo... Todo es tongo...

El abuelo

¡Qué gozo ha de ser morir cuando la vida es muerte!

Miraba lejos. Al otro lado de la colina. Donde el ruido era silencio. Donde la distancia volvía grises los verdes. La imagen estaba fija en su mente, a muchos días de camino.

Los nietos correteaban tras las gallinas, y las gallinas, asustadas, iban a refugiarse detrás de los leños que había recostados en las tapias del corral. El abuelo tenía las manos curtidas de segar el trigo y arar las tierras. Ahora las necesitaba para apoyar su peso sobre la gruesa cachaba de fresno. También le servían para acariciar a los nietos; pero estaban torpes para partir el pan o liar un cigarro.

Lloraba muy despacio, con la lentitud de saber que su llanto no tendría consuelo, y le preguntaban los nietos:

--Abuelo... ¿por qué lloras?

Se lo habían preguntado. Ahora ya no. Ya nadie le preguntaba nada. Ni su hija ni los vecinos. Sólo un breve saludo al que el abuelo correspondía sin dejar de mirar lejos, al otro lado de la colina, donde la distancia volvía grises los verdes.

Lloraba al mar, porque se le escapaba la vida, y en su equipaje de muerto llevaría, junto con sus pequeños pecados, un deseo sin realizar.

Ya cuando joven, cuando era coleccionista de suspiros de muchachas casaderas, en su mente había una sola ilusión: pisar la arena húmeda de alguna playa lejana y solitaria, y en sus oídos había una espera de oleajes violentos.

Y pasaron los años, y nació una hija, y se hizo mujer, y se casó. Pensó que había llegado el momento de dejarlo todo. El mar estaba allí, esperándole. Pero vino un nieto, y después otros, y las lluvias, y la cosecha, y otro nieto. Las manos se agrietaron y las piernas se volvieron débiles.

El sol se hizo imprescindible para el abuelo y las distancias tremendas, y se quedó allí, sentado, oyendo cantar a las cigarras y viendo a los nietos correr tras las gallinas.

El mar estaba en su mente, a muchos días de camino. Y cuando el cura volvía de la misa, se paraba un momento, y el abuelo le preguntaba si pidiéndoselo a Dios con mucha fe podría, después

de morir, llegar hasta el mar, y el cura le decía a todo que sí, y se alejaba con su sotana comida del sol de Castilla. El abuelo seguía allí hasta el anochecer.

Cuando estaba en la cama seguía mirando a través de la ventana, esperando el momento de irse con Dios, con la idea fija de pedirle un deseo.

El desatrancador

Estar conforme con lo que se es y con lo que se tiene significa ser feliz.

Todo empezó una noche del mes de febrero. La mujer con quien yo había convivido durante cinco años me había abandonado. Cuatro de los cinco años los dediqué a convencerla de que debíamos legalizar nuestro amor. Cuatro años tratando de convertirla en mi esposa y cuatro años que ella eludió mis deseos, alegando que nada une más a dos seres como el amor, que si el amor deja de existir es estúpido seguir unidos por el lazo indisoluble del matrimonio; lazo contrario al sentir de los que ya han dejado de amarse.

--Si algún día dejamos de amarnos y no nos comprendemos, nada nos obligará a soportarnos.

Y una noche del mes de febrero dejó de amarme y, como no nos unía el lazo indisoluble del matrimonio, se fue. Sin ninguna explicación, porque sí.

Ignoro las causas que dieron lugar a su determinación, pero ni pude obligarla a regresar como marido ni me fue posible convencerla como amante. Y esa misma noche, instantes después de su partida, comenzó todo.

No es fácil quitarse la vida. La ignorancia o el temor de lo que hay detrás de la muerte, la imposibilidad de volverse atrás, hacen que se medite el suicidio, y cuando se medita, difícilmente se lleva a cabo. Es cierto que no conocemos la muerte como protagonistas directos, pero sí como espectadores, y lo cierto es que nos aterra.

No fui noticia en la prensa. Mi suicidio no llegó a realizarse. Cuando estaba a punto de tomarme aquel barbitúrico en cantidades masivas, la casualidad llamó a mi puerta y abrí. Entró despeinada, sus pies metidos en unas zapatillas grandes y sucias. Tenía veinticuatro años, aunque parecía mayor. Le conté que iba a quitarme la vida y se mostró indiferente. Ni siquiera cuando de manera gráfica le hice una semblanza de mi muerte, mejor dicho, de lo que sería mi cadáver, trató de disuadirme.

La causa de su llegada era estúpida. Venía por el desatrancador de las cañerías. Tenía atascada la pila de la cocina. Me dio mucho coraje que no diera importancia a mi suicidio, y le hablé de lo bello que era vivir, y lo triste que era morir sin sentir el calor de una mano en ese último adiós, sin que nadie llorara mi muerte. Y logré que me compadeciera y se brindó a estar presente en mi final.

¡Que se fastidie la pila! Si rebosa ya recogeré el agua, y si los vecinos de abajo se quejan, que se fastidien también. Bastante lata dan ellos con cuatro niños como cuatro locos.

Hice un testamento verbal, en el que dejaba a Pilar, que así se llamaba la joven despeinada, el desatrancador de las cañerías, un juego de café que ella había elogiado mientras hablábamos, y el jilguero que picoteaba un terrón de azúcar y que iba a quedarse huérfano de dueño.

Mientras iba diciendo mi..., digamos, testamento, se iba enfriando mi deseo de suicidarme. Pilar me miraba entre su pelo enmarañado como un perro grifón y de vez en cuando me decía:

--¿Y la lámpara de pie, tampoco la quiere? ¿Y el calendario? ¿Y esta figurita? ¿Y este salero?

--No, tampoco lo quiero. Para ti.

Me acordé de Laura y pensé que si hubiera sido como Pilar nos hubiésemos casado, y hubiéramos sido felices rodeados de todas aquellas pequeñas cosas. Me gustaba aquella mujer

despeinada abriendo la boca cada vez que veía un objeto y sabía que iba a ser para ella, y viendo su felicidad empecé a sentir deseos de vivir, pero al mismo tiempo no quería dar la impresión de un cobarde a sus ojos. Traté que fuera ella misma quien me animara a desistir de mi deseo de suicidarme y me hiciera volverme atrás de mi propósito, pero ni siquiera lo insinuó. Al contrario, me animaba y me metía prisa. Llegó un momento en que pensé que estaba ante un monstruo escapado del infierno, y se lo reproché.

Lloró y me confesó que no tenía ningún interés en verme morir, ni a mí ni a nadie. Me contó cómo sacaba alguna mosca del lavabo para que no se ahogara, pero tenía una amiga que había dejado de ser pobre a la muerte de un tío suyo del que heredó, y como ella no tenía tíos ricos...

Después me dijo que no me suicidara, que la vida tenía sus encantos, y que si ella hubiera sido mi amante se hubiera casado conmigo porque yo era bueno.

Nos hicimos amantes, no me suicidé y para que no se repitiera la historia me casé con Pilar. Y fue suyo el salero, y el desatrancador de las cañerías, y la lámpara de pie, y mi cariño, y el jilguero. Y a cambio de todo esto, yo tuve en Pilar una esposa sencilla, amante de su hogar, limpia y hasta un poco coqueta. Ahora, cada vez que veo el desatrancador del lavabo no puedo remediarlo y no tengo más remedio que reírme.

Alejo

La vida es un camino que comienza en el nacer y termina en el morir. Camino áspero si se recorre con los pies desnudos del fracaso.

Caminaba lento, con las manos en los bolsillos del pantalón. Tal vez porque, así, sus manos sentían el calor de sus piernas a través de los agujeros de la tela y podía apreciar que aún estaba vivo. Las solapas de la chaqueta vueltas hacia el centro del pecho, más por frío que por vergüenza de no llevar camisa. En la cabeza una gorra, grande, enorme. No recordaba la primera vez que le habían puesto aquella gorra. Hacía muchos años, cuando niño. Tal vez por aquello que se dice siempre de: "Es mejor grande por si crece". Pero la cabeza no le había crecido como para tanta gorra. Caminaba lento, con la vista baja para evitar tropezones. De vez en cuando venía la tragedia. La gorra, por grande, se le colaba hasta las orejas y, entonces, se veía en la necesidad de sacar las manos de los bolsillos para empujar la gorra. No tenía mucho donde elegir: sacar las manos de los bolsillos, o dejarse los dientes en las baldosas.

A su nariz llegó el olor de algo frito. Se paró, sacó las manos de los bolsillos y olfateó el aire frío. A su izquierda había una casa de comidas. Detrás del cristal del escaparate, empañado por el calor del interior, había una fuente con salchichas apresadas en la helada grasa amarillenta del adobo. A un lado, un conejo desollado con los ojos llenos de curiosidad muerta y algo de pelo en sus cejas. El conejo le miraba fijo, con esos ojos de estúpido que tienen después de muertos, seguramente por la incomprensión de haber sido sacados de la conejera por las orejas. Alejo trató de limpiar el vidrio con el revés de la manga, pero el vapor interior no desapareció. La puerta que había detrás del escaparate se abrió y una mano de dedos rojizos, por el fregar de vasos, retiró la fuente de las salchichas. Luego, la puerta, se cerró. El conejo seguía allí, con su mirada de estúpido. Alejo estornudó y la gorra se le volvió a calar hasta las orejas. La levantó, guardó sus manos en los bolsillos y siguió caminando.

Después de recorrer varias calles, llegó a una pequeña plaza en la que habían instalado una carpa. Ya hacía rato que había terminado la función. Fuera, carteles de payasos, anunciando fieras, trapecistas, chimpancés... Entró.

Un hombre delgadito, con cara de canguro, regaba la arena de la pista. Alejo preguntó por el empresario. El de la regadera, con la mano libre, indicó una puerta que había detrás de las sillas de madera.

--¡Adelante!

Alejo se quitó la gorra. Una maraña de pelo se abrió como una explosión. El empresario, gordo, de cara colorada, comía un bocadillo de queso y trató de hablar. Al hacerlo, las migas llegaron hasta Alejo. No le entendió nada. El empresario tragó el bulto del carrillo y le preguntó:

--¿Qué quiere?

--Trabajar.

--¿De qué?

--De artista.

--¿Qué sabe hacer? ¿Trapecio? ¿Alambre?

Alejo le miró confuso.

--¿Es usted contorsionista? ¿Se dobla usted por la cintura?

Alejo dijo que sí, y se dobló hacia adelante como cuando cogía colillas.

El empresario le miró. Dejó el bocadillo sobre la mesa.

--Así, no... ¡Así!

Y se dobló hacia atrás, muy poco. Luego colocó una mano detrás de la cintura de Alejo, mientras con la otra le apretaba del pecho hacia atrás.

Alejo comenzó a sentir un dolor de riñones. Estaba a punto de gritar, pero le llegó el olor del queso y aguantó. El empresario siguió apretando. Alejo hizo un esfuerzo.

El de la regadera había oído un ruido. Entró en el despacho del empresario. Alejo estaba apoyado en la mesa con una mano en los riñones y un gesto de dolor. El empresario dijo al de la regadera:

--¡échalo! ¡Quieren ser artistas y ni siquiera comen para sujetarse de pie!

El de la regadera acompañó a Alejo hasta la puerta. El empresario se miró al espejo.

--Si no fuera por la barriga que tengo, no necesitaba yo a nadie.

Y dio un bocado al bocadillo de queso.

Del embustero al testarudo

El carácter de cada hombre es la ropa interior de su personalidad.

No he conocido una persona más embustera que don Arcadio Olivar. Don Arcadio Olivar se llamaba José María Pinares, pero a todo el mundo, desde niño, le había dicho que se llamaba Arcadio Olivar, sólo por el afán de mentir. Su esposa era una señora asturiana, altísima y delgadita, pero don Arcadio, o don José María, con esa manía suya de mentir, a todos les decía que era de Cádiz y bajita. Nadie se lo creía porque no tenía acento andaluz y medía un metro ochenta y siete. Todas las tardes, al llegar a la tertulia del café, tenía alguna mentira que contar:

--Mi mujer acaba de tener un niño.

--Pero si el último lo tuvo hace dos meses -decían Enrique o Manolo.

--Pues hoy, otro.

Y era inútil explicarle lo de los nueve meses.

Yo he odiado siempre a los embusteros, y he conocido muchos, pero eran mentiras distintas. Las de don Arcadio, eran de matarle.

--¿Habéis leído la prensa de hoy?

--¡...!

--Han matado en Soria un jabalí de novecientos cincuenta kilos.

--Será de noventa y cinco kilos.

--Novecientos cincuenta.

--Bueno -decían Enrique o Manolo-, puede ser un error del periódico.

--¿Y por qué un error del periódico? Yo los he visto de setecientos kilos en el zoo de Berlín.

Y no había estado en Berlín, y teníamos que darle la razón.

Un día llegó a la tertulia y dijo:

--Mañana me voy a Checoslovaquia, tengo un negocio de aceros formidable.

Todos pensamos en una de sus mentiras. Al día siguiente no volvió, ni al otro, ni durante dos meses. Después, por un amigo de Enrique, nos enteramos que Arcadio, o José María, estaba en un manicomio. Seguramente trató de explicarles a los médicos que él no estaba loco, pero como era tan embustero no le debieron creer, y allí se quedó contando mentiras a los locos.

El niño rey

Los niños son tan ingenuos, que están deseando hacerse hombres.

Los hombres habían muerto. Era normal. Tanto se habían odiado que se habían destruido. También las mujeres habían muerto, incapaces de soportar tanto sufrimiento. Sólo quedaban los niños.

Lo primero de todo era nombrar un Rey. El mundo tenía que subsistir y alguien debía gobernarlo.

Se reunieron aquella tarde en la plazuela.

--Yo seré el Rey.

--No, tú, no, que eres muy pequeño todavía y te pegarán los otros chicos más grandes que tú.

--Pero cuando sea Rey, nadie me pegará, porque los guardias les darán con las porras y les harán correr.

--No, porque como los niños serán más grandes, podrán más que los guardias, les quitarán las porras y luego te pegarán a ti con ellas.

--Y como yo seré el Rey, mandaré que los metan en la cárcel y que los cierren con llaves y cerrojos y candados y de todo para que ya no me peguen.

--Y tampoco puedes ser Rey, porque no tienes corona ni nada.

--Me hago una de cartón y la forro de papel de plata.

--Los reyes no llevan la corona de plata. Es de oro con cristales de colores verdes y azules y rojos.

--No son cristales. Son piedras.

--¡Cristales!

--¡Piedras!

--Las piedras están en los ríos y no son verdes ni azules. Los peces sí que son azules y verdes y de más colores.

Y tanto insistió y tanto sabía que le hicieron Rey.

--¡Viva el Rey!

--¡Viva!

También había que hacer una reina, pero no podía ser porque tenían que ser mayores y casarse, así que había que esperar.

Los hombres, antes de destruirse estaban gobernados por reyes, y esos reyes, tenían carrozas y caballos, y cazaban en los montes o pescaban en los lagos y cuando paseaban por las grandes avenidas que no eran aún ruinas, las gentes daban gritos de entusiasmo, agitaban las manos en señal de saludo y miles de banderas flameaban por sobre las cabezas de todos los que llenaban las avenidas.

él, antes de ser Rey, pero siendo niño ya, más aún que ahora, lo había presenciado todo subido sobre los hombros fuertes de su padre. Y ahora que era Rey, necesitaba un caballo y una carroza.

--¿Y dónde encontramos una carroza?

--Puede que entre las ruinas.

--Pero estará muy rota de las bombas y los incendios y hasta puede que encontremos algún muerto dentro.

--¿Algún Rey?

--O algún hombre de los que llevaban el látigo para dirigir a los caballos.

--¿Y un caballo? Porque vaya Rey que voy a ser si no tengo caballo ni carroza ni nada. No voy a ir andando a los sitios. Y si soy Rey no puedo salir de Palacio porque la gente se reirá de mí, de verme que soy un Rey sin carroza,

--Y sin palacio, porque todos los palacios están en ruinas.

--¿Y cómo voy a ser Rey sin caballo, sin carroza y sin palacio?

--Yo he visto uno que es grande y es blanco y no está muerto. Lo he visto ayer junto al río.

Al caballo le pusieron de nombre "Nieve", porque como era blanco... Después le cambiaron el nombre, porque como era caballo no podía llamarse nieve que era nombre de niña, y le llamaron "Trueno," que era un nombre más bravo.

Al Rey, le costaba trabajo subirse encima de "Trueno," pero le ayudaban los demás chicos y, luego, muy despacito para no caerse, el Rey llegaba hasta la plazuela y los otros niños, que no eran Reyes, dejaban sus juegos y gritaban:

--¡Viva el Rey!

--¡Viva!

Los huertos estaban llenos de naranjas y de fresones, y habían muchos árboles cuajados de cerezas y de nísperos. Los niños comían sentados a la sombra. Luego se descalzaban y cruzaban el arroyo para ir a esconderse en la otra orilla. Los que no se escondían, buscaban a los otros, y la risa les delataba.

El Rey, muchas mañanas se cansaba de ser Rey y dejaba el caballo atado a las jaras para ir a jugar con los demás muchachos. Le dejaban jugar con ellos, porque aunque era Rey, seguía siendo niño como todos los demás.

La corona le molestaba y por eso la dejaba caer sobre la verde hierba del prado. Algunas mariposas revoloteaban curiosas alrededor de la corona, creyendo que era una flor extraña. Luego se alejaban persiguiéndose.

Todo era así, sencillo, tierno. Pero un día...

--Rey.

--¿Qué?

--Luisito, el hermano de Angelina, es un ladrón. Le ha robado tres cepos a Julián el pastor.

--Pues como es un ladrón y yo soy el Rey, que le metan en la cárcel para que no robe.

--¿Cárcel?

--Sí. Cuando los hombres estaban vivos tenían una cárcel, encerraban en ella a los ladrones y sólo les dejaban dar vueltas por un patio.

--Pues yo una vez leí en un libro, que Cristo perdonó a los ladrones.

--Bueno, porque no robarían cepos.

--No sé.

--Pues a Luisito lo encerráis en la cárcel.

--Pero es que la cárcel se derrumbó cuando los hombres hicieron la guerra y todas las paredes están rotas y el ladrón se saldrá por los agujeros de las tapias.

--Pondremos un guardia para que lo vigile.

--No hay guardia.

--Pues si no tenemos guardia, los chicos de las casas baratas romperán la fuente y pisarán los jardines.

--¿Y a quién hacemos guardia?

--A ti.

--¿A mí?

--Sí.

--Yo no puedo ser guardia, porque una vez estuve enfermo y me ponían inyecciones y me canso mucho al correr. Cuando los chicos de las casas baratas rompan la fuente, no les podré alcanzar.

--Pues entonces tú serás guardia.

--Yo tampoco quiero.

--¿Por qué?

--Porque si soy guardia, tendré que estarme cuidando del preso y no podré jugar con los otros chicos.

Se acercó una niña llorando. Tenía su vestido roto. Le había crecido el flequillo y sus ojos apenas si se veían; pero sus lágrimas sí. Resbalaban por su cara sucia y dejaban marcado su recorrido.

--¿Qué quieres?

--Hablar con el Rey.

--¿Para qué?

--Para lo de mi hermano. El que le ha quitado los cepos a Julián el pastor. He oído decir que irá a la cárcel, y si mi hermano va a la cárcel, yo me quedaré sola y por la noche me dará mucho miedo.

--¿Y por qué le ha robado los cepos a Julián el pastor?

--Porque Julián mataba pájaros con los cepos, y los pájaros son de Dios y son buenos y tienen hijitos en los nidos que esperan la comida.

--Bueno, bueno, no llores. No irá a la cárcel.

--Gracias, Rey. Muchas gracias.

--¿Cómo te llamas?

--Angelina.

--¿Te gustaría ser la Reina?

--Bueno. Pero ahora no puedo, porque sólo tengo ocho años y mi vestido está muy sucio y muy roto.

--Pues cuando seas mayor, como serás la Reina, tendrás un vestido muy blanco.

--¿Y podré ponerle lazos rosa?

--¡Claro que sí!

--¿Y podré jugar con mi muñeco?

--También. Como serás la Reina podrás hacer todo lo que quieras.

Y la niña dejó de llorar y se limpió la cara con el revés de la mano.

Cuando se alejaba, el Rey la llamó.

--¡Angelina! Toma.

Y le dio un puñado de cerezas.

Después, al día siguiente, Angelina le trajo un ramo de flores que ella misma había recogido en el campo.

Todo era así, sencillo, tierno... Y hubiera podido seguir siéndolo, pero los niños se hicieron hombres y se volvieron a destruir.

Arturo, el testarudo

Arturo Dedal, era tonto. Bueno, más que tonto, era testarudo. Decía él, que por encima de todo estaba su voluntad y que no le gustaba dar su brazo a torcer. Y hacía bien en decir "su brazo" porque sólo tenía uno, precisamente por testarudo.

Todas las tardes, al volver del trabajo, cruzaba el Zoológico. Entraba por la puerta de Menéndez Pelayo y salía por la del paseo de coches del Retiro. Le había arreglado al guarda de la puerta la rueda de una carretilla y, el guarda, agradecido, le dejaba cruzar sin cobrarle la entrada.

Arturo se paraba todos los días delante de la jaula del león. Un león, viejo, que no conocía la selva ni de oídas. Lo había parido allí mismo una leona que había muerto de aburrimiento, hija a su vez de un viejo león, capturado en inferioridad de condiciones, debido a un ataque de lumbago.

El león, viejo, pero nieto, se pasaba la vida dando vueltas y más vueltas en aquella jungla de baldosines con olor a pis. Se sabía que era un león por el cartel que había sobre su jaula, pero ni rugía ni nada. De todas maneras, era un león, y como león que era tuerto o derecho, tenía su mal café.

Arturo era testarudo. Se había empeñado en darle al león una empanada, apesar de haberle advertido que esto era peligroso. Insistió varios días, hasta que el león, quizá por presumir delante de los niños de un colegio de huérfanos, que estaban de visita, se quedó con la empanada y el brazo de Arturo Dedal. Pero fíjense ustedes si era testarudo que salió del Sanatorio y lo primero que hizo fue comprar una empanada para dársela al león.

Gracias a que había sido trasladado a un zoológico de provincias, Arturo sigue con su brazo. Con este brazo que él no quiere dar nunca a torcer.

Joaquín Morcillo

Joaquín Morcillo, había sido siempre muy tímido. Estaba enamorado de Margarita Hueso y, de no ser tan tímido, quizá la hubiera hecho su novia; pero nunca se atrevió a decirle nada.

Margarita se casó con un señor de Andújar, por dinero, porque Margarita ni siquiera estaba enamorada del señor de Andújar. De no haber sido tan tímido, Joaquín hubiera podido ser el amante de Margarita, y haberle puesto los cuernos al marido.

También, cuando Margarita quedó viuda del señor de Andújar, Joaquín hubiera podido declararse y ser el segundo esposo de Margarita, que ahora hasta tenía una finca con toros y gallinas; pero Joaquín, nada.

Murió Margarita unos años más tarde, y Joaquín fue a firmar en el libro de los pésames, pero a la hora de poner su firma, no se atrevió. Su timidez le dominaba. Compró unas flores para llevárselas al Camposanto, y se las hubiera llevado de no ser tan tímido. Las abandonó en una calle oscura, aprovechando que no pasaba nadie.

Cuando Joaquín estaba a punto de morir, hubiera querido decir una última frase, por ejemplo: ¡Ay, madre! o "Mira qué leche, ¡pues no me estoy muriendo!" o algo bonito como lo de "Luz más luz". Pero era tan tímido que no dijo nada. Se limitó a ponerse muy pálido y morirse.

Bueno, y ahora yo, me pregunto: ¿Por qué escribí esto? y ¿Por qué me lo han editado? ¿Qué habrán sentido los que me han leído? ¿Decepción? ¿Sorpresa? ¡Cualquiera sabe!

Todo esto lo escribí, porque tuve necesidad de escribirlo, o porque me pesaba en la memoria, o tal vez porque no encontré a nadie a quien contárselo en el tren. Hubieran dicho... ¿Y a nosotros qué nos importa? o algo parecido. La gente, los viajeros de los trenes no están para escuchar historias, a lo sumo un par de chistes, y mucho menos para que yo les cuente que si mi abuelo y que si mi abuela. La gente de la calle, me ven y ríen o sonríen. Me conocen, soy popular, soy humorista, y esa gente, tal vez compre este libro, y tal vez lo lean y dirán. Pero bueno, Gila, ¿no es humorista? Pues, sí, lo soy a mucha honra. Ahora que no sé por qué, ya lo he dicho antes, escribí todo esto, y ahora, ya está escrito y hasta editado. Yo no tengo la culpa. También hay médicos que pintan al óleo o barberos que tocan la guitarra. El mismo Winston Churchill hacía tapias de

ladrillos. Vivimos en la época del intrusismo y yo puedo haber sido un intruso escribiendo cosas que no corresponden a
un humorista.

Por todo pido perdón, y como no quiero dejar duda en cuanto a mi humorismo, ni quiero que nadie pueda sentirse decepcionado, le he pedido al editor que me deje despedirme de los lectores con algunos dibujos que sirvan de penitencia a mi intrusismo.

Muchas gracias, feliz año nuevo y a mandar.

Viñetas

--¡Qué ganas tengo de casarme contigo para poder divorciarme de ti!

Un hombre con gesto acalorado le grita a su pareja, mientras ésta le mira con extrañeza.

--Sí, señora, es una desgracia. Desde que le atropelló la moto, todas las corbatas le quedan grandes.

Una mujer habla con otra mientras abraza a un hombre con muletas al que le han amputado las piernas y cuya corbata arrastra por el suelo.

--Pues tenías razón tú: esta bombilla está apagada.

En una habitación a oscuras un hombre subido en una silla habla con su familia mientras observa de cerca una bombilla del techo alumbrándose con una vela.

Sin pie

Junto a una señal de carretera de limitación de velocidad a 90 Km. Un guardia de tráfico está poniendo una multa a un minusválido que va montado en un triciclo.

Sin pie

Un hombre y dos mujeres están mendigando. Del cuello del hombre cuelga un cartel que dice: "Pobre bígamo".

--Así que voy a tener el honor de operar al autor de esa comedia tan graciosa titulada: "Los cirujanos son unos carniceros". ¡Bueno, hombre, bueno!

Un cirujano habla con su paciente que está tumbado en la mesa de operaciones y que le mira con gesto temeroso.

--Al que no hemos visto más por aquí es a aquel amigo suyo tan simpático que se murió hace un mes.

En la calle una mujer junto a su familia se dirige a un mendigo con su hijo.

--Como yo soy igual de pobre que tú, en lugar de darte una limosna, te la enseño.

Dos mendigos dialogan mientras uno le enseña al otro una moneda.

--Estás mejor de morena; pero el bigote te hace más vieja.

Una mujer se dirige a otra que tiene el pelo teñido de moreno y un gran bigote.

--No, señorita, aquí es el dos, uno, tres, cinco, seis.

Dentro de una celda un preso, junto a otros dos, recibe una llamada telefónica. El cable de dicho teléfono está conectado a su traje de preso que tiene cosido el número 21356. Los otros presos igualmente tienen cosidos otros números.

Sin pie

Dos mendigos miran asombrados un cartel colocado en una pared que dice: "se prohíbe pedir limosnas bajo multa de cinco céntimos. El Alcalde".

--¡Vamos, "Sultán", dale la patita a este señor!

En la calle una señora se dirige a su perro que tiene entre sus dientes la pierna arrancada de un hombre. Mientras, dicho hombre con gesto dolorido se sostiene en la única pierna que le queda.

--¡Qué fuerza de voluntad la del abuelito! ¡Hasta que no ha conseguido un terrenito no ha parado!

En un cementerio dos hombres dialogan junto a una tumba.

--Hace dos años que se murió, pero como era sordo no se lo hemos podido decir.

Dentro de una casa dos mujeres dialogan junto a un sillón en el que hay sentado un esqueleto, con bata, zapatillas y pipa, que está leyendo el periódico.

--Sólo hace dos meses que va al colegio y ya sabe hacer la o con un canuto.

En una casa de pueblo dos hombres con apariencia de "paletos" y con boina, dialogan mientras uno de ellos se refiere a un tercero, más joven, que tiene abrazado por el hombro.

--Cuando ustedes gusten: He probado la guillotina y corta estupendamente.

Junto a una guillotina, un verdugo con una mano recién cortada se dirige a dos policiás que escoltan a un reo para ejecutar.

--¡Arriba las manos!

--¿Qué manos¿

Dos ladrones con pistola y cuchillo en mano asaltan en la calle a un hombre, pero no reparan en que dicho hombre no tiene brazos.

Sin pie

En un puerto, junto a uno de los muelles, un hombre con intención de suicidarse, con una gran piedra atada al cuello observa un cartel que dice: "Prohibido suicidarse en este lugar"

Sin pie

En una gasolinera, uno de los gasolineros le echa gasolina por la boca a un hombre con aspecto de pobre al que le faltan las piernas y que va montado en un pequeño carrito propulsado por él mismo.